

REAL ACADEMIA DE EXTREMADURA
DE LAS LETRAS Y LAS ARTES

**LITERATURA PARA VIVIR
EL PROFESOR Y EL POETA,
CUERPO A CUERPO**

Discurso leído el día 3 de marzo de 2018
en el Acto de su recepción pública, por el

EXCMO. SR. D. JOSÉ LUIS BERNAL SALGADO

y contestación de la

EXCMA. SRA. D.^a CARMEN FERNÁNDEZ DAZA ÁLVAREZ



TRUJILLO

2018

LITERATURA PARA VIVIR
EL PROFESOR Y EL POETA,
CUERPO A CUERPO

REAL ACADEMIA DE EXTREMADURA
DE LAS LETRAS Y LAS ARTES

**LITERATURA PARA VIVIR
EL PROFESOR Y EL POETA,
CUERPO A CUERPO**

Discurso leído el día 3 de marzo de 2018
en el Acto de su recepción pública, por el

EXCMO. SR. D. JOSÉ LUIS BERNAL SALGADO

y contestación de la

EXCMA. SRA. D.^a CARMEN FERNÁNDEZ DAZA ÁLVAREZ



TRUJILLO

2018

© José Luis Bernal Salgado
Carmen Fernández Daza Álvarez

DL: CC-20-2018

Imprime: Gráficas Hache.

Discurso
del
Excmo. Sr. D. José Luis Bernal Salgado

In memoriam José Miguel Santiago Castelo

BREVE TRATADO DE LA IGNORANCIA

He destinado algunos de mis trabajos al juicio,
este se lo dedico a la ignorancia.

Todo comenzó con el olvido,
con el olvido mismo,
no con su habitación.
Con esa espesa niebla
que congela las rosas,
que confunde herbolarios
con prados de azucenas y enhebra primaveras
en el cordel del día.

El olvido me trajo a la ignorancia,
la acomodó en mi casa
como a una gran señora,
que leía mis libros
engullendo su sangre.
Toda una biblioteca hecha mortaja,
sin pulso ni melindres,
como piedra entre ortigas.

El amor cabizbajo
era un valle de lágrimas
y la esperanza un verde
regado por el llanto.
Los dones se esquinaban
y el aire los batía
como bate el deseo
los corazones tiernos.

Desánimo de altura,
tan profundo,
que yo mismo ignoraba su estatura.

Ni el tiempo ni la vida sosegada
me explican el derrumbe.
Mis sentidos expiran
sin perder la sonrisa
y el olvido me duele
como aquel primer día
que el tiempo ha desahuciado en el recuerdo
para no hacer mudanza
en su costumbre.

He olvidado estos versos
al final del poema
como expósitos trastos
del que ha mudado el alma.

Excmo. Sr. Director de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes, Excmos. Sres. Académicos, Excma. Sra. Dña. Carmen Fernández-Daza, que me ha hecho el honor de responder a estas pobres palabras mías con trazas de discurso, dignísimas autoridades, queridos amigos y compañeros, algunos de vosotros también profesores-poetas, querida familia, padres, hermanos, también los mal llamados hermanos políticos, queridísimos hijos y esposa, os agradezco de corazón vuestra presencia y os digo sin tapujos que sois parte esencial de mi vida.

Quizá esperéis de mí que rinda el debido y merecido tributo a la llamada por tantos y tan sabios que me precedieron “Oratoria Académica”, una de las más pensadas y pulidas especies del género elocuente. Y heme aquí abordando, ante un auditorio amigo y entregado, la primera de las sucesivas partes del discurso, el “exordio”. Pero mis palabras, como habéis visto, han comenzado con mis versos, con el poema que inaugura, como meditada declaración de intenciones, mi último libro de poemas, no a la ligera titulado *Tratado de ignorancia*. Os confieso que he trastocado intencionadamente el íncipit de este exordio justamente para crear adrede un clima, una complicidad, que quiero que contamine benéficamente todo este discurso, clima que proviene de la lucha amorosa, cuerpo a cuerpo, que el profesor y el poeta

libran en mí desde hace mucho tiempo. Este hombre que veis aquí, se ha despojado de las galas académicas y del laurel ficticio del parnaso, para presentarse desnudo y humilde y daros las gracias por este honor, siempre inmerecido. Además quiero sobre todo que este discurso sea un homenaje a la palabra, a las palabras, tan maltratadas y manipuladas en los tiempos que corren.

Afortunadamente la literatura y la poesía son un refugio seguro para ellas, y yo tengo la fortuna, la dicha, de vivir asilado en ese territorio, deliciosamente enfermo de literatura, como le digo a mis asombrados alumnos cada año, con el don añadido de que mi trabajo sea mi ocio y mi ocio trabajo. Pues, como decía el maestro Moñino o como proclamara en un acertadísimo oxímoron Juan Ramón Jiménez y razonara en un delicioso ensayo mi querido Miguel Ángel Lama, esto es para mí un “trabajo gustoso”. Mi siempre recordado maestro y amigo, Juan Manuel Rozas, verdadero modelo en mi vida de profesor-poeta, me decía a menudo que éramos muy afortunados porque trabajábamos en lo que nos gustaba y además nos pagan por ello (a veces he pensado, sobre todo en las épocas de lucha universitaria, cuando se emprendió la reforma de la vieja universidad española, que los poderes públicos, sabedores de esta enfermedad que nos da vida, se han aprovechado de ello para darnos sueldos infames durante mucho tiempo).

Pero volvamos al cauce del exordio. Quiero mostrar mi agradecimiento de corazón, pues su primer paso nos ha llevado a que yo esté hoy aquí, a los Académicos que propusieron mi candidatura (los Excmos. Sres. D. Miguel del Barco Gallego, D. Francisco Pedraja Muñoz y D. Gerardo Ayala Hernández), en la sesión ordinaria de esta Real Academia de 16 de septiembre de 2016 (sesión que sirvió además para que se me diluyera desde entonces la desconfianza sobre el

tan maltratado número 13, pues esos fueron los votos favorables que obtuve, de los 15 emitidos). Como antes dije, quiero de nuevo agradecer a la académica Excm. Sra. Dña. Carmen Fernández-Daza Álvarez su contestación a estas palabras mías. Carmen es amiga desde hace mucho tiempo y esa amistad ha crecido más allá, mucho más allá, de la admiración que sentí por su padre, D. Mariano Fernández-Daza, desde nuestros afanes bibliófilos y desde nuestros comunes desvelos universitarios. Sé que este es un agradecimiento *avant la lettre*, pero mi certeza es tanta en su cariño por mi pobre persona, que no me caben dudas de su recibimiento. Perdonadme los caballeros académicos presentes, que además sois mayoría, pero a mis palabras tenía que darles respuesta una mujer.

Fui elegido académico, ocupando el orden de antigüedad número XXII, para la medalla número 6 de esta Academia, que con anterioridad tuvieron D. Juan de Ávalos y García-Taborda y D. Félix Grande Lara, que fue elegido el 30 de mayo de 2009, pero que moriría sin tomar posesión de la misma, el 30 de enero de 2014. Creedme si os digo que me da vértigo mencionar estos nombres.

Juan de Ávalos era en mi niñez un escultor mítico. Emeritense, nacido en 1911, tuvo, siendo republicano (un republicano cristiano y en ello no hay paradoja alguna), el carnet número 7 del PSOE. Aunque sus monumentales esculturas del Valle de los Caídos le darían la consabida etiqueta a la que en este país somos tan proclives. Pocos saben que en 1942 fue depurado, como tantos otros –y pienso en el gran D. Antonio Rodríguez-Moñino (me resulta curiosa la coincidencia, otro guiño del azar, de que a Ávalos también lo quisiera la Hispanic Society of America), por falta de confianza al no ser afecto al Régimen; tampoco suele mencionarse que se exilió en Portugal y que sería en 1950 cuando deslumbraría al Caudillo en una exposición na-

cional en la que mostró su “Héroe muerto”. Poco después ganaría el concurso internacional del Valle de los Caídos, aunque algunas eminencias protestarían por no ser Ávalos afecto al Régimen [es sabido, pese a la especie que corría, que no ganó mucho dinero con ese encargo, que sí le abriría muchas puertas como escultor; así como que “Los amantes de Teruel”, una de sus obras más conocidas, la hizo gratis]. Yo no sabía que la madre de Ávalos fue para él, y así lo ha declarado en muchas ocasiones, como el ama del famoso poema de Gabriel y Galán o que Unamuno, antes de la Guerra, fue una influencia muy positiva para el joven artista, pero estas cosas son las que guía el azar con mano firme.

Ya he recordado en alguna ocasión, la memorable ocurrencia de Antonio Lobo Antunes, cuando decía aquello de que el azar es el seudónimo de Dios, cuando Dios no quiere firmar.

Félix Grande, a quien sí conocí personalmente hace ya muchos años, era un poeta gigantesco, con quien me uniría además una pasión por el flamenco a la que he hecho finalmente caso en estos últimos años de mi vida.

Mi predecesor en la medalla, más allá o más acá de las afinidades citadas en gustos y pasiones, era y es un poeta mayor, no ya en la historia literaria extremeña o en Extremadura, sino en la historia de la poesía española contemporánea.

Su primer libro, que ganaría, como en tantos otros casos señeros, el premio Adonáis en 1963, se titulaba *Las piedras* (1964), versos escritos entre 1958 y 1962, cuando yo nacía. Ya desde el título, *Las piedras*, la poesía de Félix Grande se asienta en la rotundidad sin pulimento de la materia, de lo telúrico y básico. No en vano, aquellos

primeros versos tuvieron la compañía de otros versos juveniles, escritos arrebatadamente en el verano de 1961, al calor de Vallejo, cuya lectura deslumbraría a Félix para siempre, me refiero a *Taranto. Homenaje a César Vallejo*, publicado en 1971 [yo compré la segunda edición de 1978, n° 1 de la colección “Nos queda la palabra” de Ediciones Taranto]. Poco antes había publicado un libro sorprendente, cuya segunda edición compré a finales de los setenta: *Las Rubaiyatas de Horacio Martín*, premio nacional de poesía, y que publicaría Lumen en su espléndida colección El Bardo. *Las Rubaiyatas* eran expresión de un heterónimo, Horacio Martín, en la senda de Pessoa, Machado u Onetti, que declaraba jubiloso como única patria el cuerpo de la mujer y el lenguaje. Considero que es uno de los mejores libros, si no el mejor, del poeta, y aunque mi poesía no guarde prácticamente relación alguna con la del emeritense, si me llama la atención que en *Las Rubaiyatas* “amor y muerte” sean los temas esenciales, temas claves en mis humildes versos, junto al tiempo.

A finales de los setenta, cuando yo era un joven estudiante universitario de filología española (entonces los estudiantes comprábamos libros que no estaban en los listados de clase), compré la segunda edición aumentada de *Biografía*, título que el autor daría a su poesía reunida, cuya primera edición apareció en 1971, en la memorable Biblioteca breve de Seix Barral. *Biografía*, título tan certero y cosmovisionario, entregaba una poesía atravesada por la voz descarnada de Vallejo, tan influyente en nuestro poeta (nótese que en las palabras introductorias al volumen, a manera de nota previa, Félix Grande declara: “Todo mi oficio se reduce a buscar sin piedad ni descanso la fórmula con que poder vociferar socorro”). Mi edición llegaba, como la de 1971, hasta el último libro entonces inédito de Félix, los poemas en prosa de *Puedo escribir los versos más tristes esta noche*; aunque la edición de Barral del setenta y siete añadía al final un puñado de inéditos rematados por

una “Poética”, fechada en 1974, que proclamaba, con ese agrio y dolorido tono vallejiano citado, tan de nuestro poeta, apropiadísimo en los crudos años finales del franquismo,

que la vida era buena:

La quiero para siempre
con muchísimo amor.

Obviamente prefiero esta declaración de amor a la vida, a la “maravillosa palabra” **socorro**, que el poeta adopta como epítome de su voz lírica hecha de vida.

En su discurso de recepción del Premio Nacional de las Letras Españolas, leído en la primavera del año 2005 y felizmente incluido como coda a la antología *La canción de la tierra* (Mérida, Editora Regional de Extremadura, en la preciosa col. Editora de Bolsillo, que diseñara Julián Rodríguez, 2008), discurso titulado “¿Para qué sirve la poesía?”, Félix Grande reflexiona en su texto, que no viene a ser otra cosa, una vez más, que una “defense of poetry”, sobre el poder de las palabras y la importancia del lenguaje:

Empezamos pidiéndole [a la poesía] socorro para encauzar la turbulencia de nuestras emociones y acabamos, sencillamente, necesítandola para vivir. Empezamos reclamando la presencia de las palabras para que nos defiendan de la desmesura de nuestra incompetencia ante los secretos y las evidencias del mundo, y acabamos comprendiendo que si nos desempalabrásemos nos quedaríamos tiritando en una desnudez infernal [...] si nos quedásemos sin palabras, caeríamos en una soledad descomunal, en un naufragio pavoroso. Cuando nos damos cuenta de que somos seres humanos porque nos precede y porque nos socorre el lenguaje es cuando comprendemos que somos beneficiarios de una milenaria fortuna.

Exactamente esa milenaria herencia del lenguaje, de las palabras, de la literatura, es la que ha fascinado a escritores de toda condición y época.

Entenderéis, pues, el honor que supone para mí ocupar en esta Real Academia la medalla para la que fue elegido Félix Grande. Y entenderéis también que descabale adrede la estructura del discurso para preñar este exordio de reflexiones propias o ajenas, hechas propias, que sustentan el cuerpo a cuerpo entre el profesor y el poeta que habitan en mí y que corroboran mi convicción de que la literatura es una excelente compañera que da sentido y destino al vivir.

Pero vayamos al remate de este exordio, cada vez menos exordio, pues, como decía antes, rompe la regla obligada del discurso, para trufar en él alguna sustancia que siga siendo pertinente para el tema que he elegido: “Literatura para vivir”.

Si miro hacia adentro y recorro mis galerías más íntimas no me explico por qué he sido elegido miembro de esta Academia, qué he hecho yo para merecerlo, que diría Lope en otros menesteres. Y os aseguro que no es falsa humildad o mera *captatio*, tan habitual y lícita en un exordio que se precie.

Mas si miro hacia afuera, hacia el mundo y sus azares, no se me escapa que el que yo esté hoy aquí tiene su manantial primero en el empeño y la amistad que me prodigó, como un regalo inmerecido, mi querido José Miguel Santiago Castelo, que fue hasta su muerte Director de esta Real Academia.

Precisamente tras su muerte escribí un poema que apareció publicado en una bellísima antología de Ricardo Montaña, en el que vier-

to algunas de mis deudas y recuerdos en su ausencia. Ese poema está además construido con versos del propio José Miguel que, como anclas en medio de la marejada, fijan mi dolor y mi homenaje, sin esconder al profesor y al poeta que sin remedio soy.

A JOSÉ MIGUEL SANTIAGO CASTELO

¿Se acabará el morir? ¿O es un comienzo?
Si lo sabes, amigo,
escríbelo en el aire de la aurora.
Lo leerán las alondras verdaderas
en la incierta memoria de las mieses.

Las marcas de la vida son números signados.
Moriste un 29 del quinto mes del año.
Si las cuentas no fallan, tu adiós recapitula
el 2 del almanaque que a tu hermana marcara,
el 9 bienhadado que señaló a tu padre
y el cinco de los lances con que anduvo tu madre.

La aritmética nunca nos explica la muerte
ni los números cuadran los cálculos del alma.

No sé si hay almanaques en el mundo en que habitas,
hojas de tiempo insomne donde escribir los versos
que te dictó el olvido.

Te seguiré buscando
en la niebla tenaz de la ceniza,

en la eterna pregunta sin respuesta,
más allá de la vida y de la muerte.
Ya lo sabes, amigo.

“En amistad, oh Licio, verdadera”, es el primer verso de un poema que Juan Manuel Rozas me dedicó cuando yo era un joven becario de investigación en el departamento de Literatura española de la UEX, de hecho, en su *Poesía completa*, en la sección final, “Otros poemas”, lleva la dedicatoria como título; el poema se fecha en su finca de la Viñona, aquí cerca de Trujillo, en la sierra de los Lagares, en septiembre de 1984, poco más de un año antes de morir, cuando estaba afiebrado de poesía y creatividad. En realidad, ese poema, no era más que una invitación solemne a que lo tutelara. Entenderéis que vuelvan a mí justo ahora sus versos finales, ido ya hace tanto tiempo el maestro y el amigo, otro profesor y poeta, para desconcertarme de nuevo sobre las razones de este honor que se me hace. Sin embargo, la amistad, como el amor, lo perdona todo:

Aunque estés instalado,
Mercurio te conserve,
en primavera todavía inmóvil,
y yo mire de frente, y caminando,
los ecos ocres de este nuevo otoño.

Querido Juan Manuel, tú no verías muchos más ecos ocres de otoño, pero tu lección de amistad y de literatura me ha ayudado desde entonces a sostener la primavera invertida de mi vida.

Amistad y poesía. O amistad y vida, que aunque no es lo mismo, tanto vale. Cómo agradecer por ello a quienes estáis hoy aquí, por

lazos de familia o por haberos empeñado en construir una familia de lazos indelebles, el que me hayáis acompañado en el camino. Yo no sé si hay fórmulas mágicas que descifren esa deuda, pero sabed que yo la siento en lo más hondo. Sabiéndolo o sin saberlo sois el cañamazo de lo que me sustenta, sois también mi “literatura para vivir”.

Provengo de una familia humilde, mis padres no tuvieron educación reglada al uso, como le ocurrió a tantos españoles que fueron niños de la guerra civil; no sé si sabrán cabalmente lo que significa ver a su hijo Académico de la Extremeña, aunque espero que sencillamente piensen que su hijo es un profesor y un aprendiz de poeta, ya no tan joven, que ha aprovechado alguno de sus dones. Por fortuna la inteligencia, la generosidad y la bondad que ellos atesoran no necesitan de acreditaciones oficiales, títulos y otras galas al uso. En mi casa no había libros, aunque mis padres se esforzaron en que algunos traspasaran los umbrales del hogar familiar en nuestra infancia y adolescencia, con la convicción cerval de que los libros contenían el saber. En realidad, la primera y única biblioteca que existió en casa ya a mediados de los setenta fue la mía y lo fue a partir de mi adolescencia. Sin embargo, como antes decía, en los padres y en la familia existe la raíz poderosa de la vida que explica todo lo demás, incluida la literatura. Soy por ello muy consciente, como diría Ángel González, del “viaje milenarío de mi carne”. Receta que me ha venido muy bien como cura de humildad desde los lejanos días del colegio. Confío, en fin, en que este acto les compense algo del gran esfuerzo que hicieron para que sus hijos fueran los primeros universitarios de la familia.

A mi mujer y a mis hijos no voy a decirles nada, porque ellos son los dones más preciados que la vida me ha dado, seguramente sin merecerlo. Y porque en este caso las palabras, aunque no lo creáis, me resultan insuficientes.

Y a mis amigos quiero recordarles lo que ya les dije en un poema que habla de nuestras vidas en el otoño luminoso en que vivimos, que, como vaticiné hace más de treinta años, siendo rabiosamente joven, es una primavera invertida:

OTOÑO

La cotidiana estampa de la vida sencilla
me cerciora del tiempo transcurrido y distancia
años de vino y rosas definitivamente
idos.

Pensé que debería decir a mis amigos
que ha llegado la hora de dar un golpe seco
en la mesa del mundo, donde se pasa lista
a las grandes razones y a las definitivas
hazañas de los hombres.

Y escribí este poema.

Decirles que nos queda poco tiempo y maltrecho
para dar las respuestas a todas las preguntas
que la edad nos escupe con obstinada furia.

No sé si mis amigos están para estos trotes
ni siquiera conozco mi propia resistencia.
Han pasado los años, granadas las cosechas,
y somos ya señores de respetada estampa
que protegen sus cosas como viejos felinos
sentados al ocaso.

Debiera de expresarles a mis buenos amigos
la duda metafísica que me congela el alma:

un hombre que descubre la clave del camino:
ver pasar a los otros desde la orilla quieta
sin saber si está ciego o la noche ha llegado
hasta el borde pasmado de sus ojos abiertos.

Mis amigos trabajan y en silencio transitan
por su vida ordenada, sin preguntas ni acechos
ni malos pensamientos ni deseos impuros.
Han puesto barandillas para cuidar turistas
que impúdicos se asomen al volcán de sus pechos.

Escriben, ganan pasta, pontifican y gozan
con calculado riesgo.

Apenas se vislumbra de pasión un adarme,
un diezmo de lujuria, escátimas al orden
en sus frentes marchitas.

Mis amigos lo saben y ejercen su derecho
de madurez oronda que mira la dorada
memoria del tesoro perdido para siempre.

Sus hijos espejean el vigor de sus sueños
y en sus malas palabras, sus gritos y sonrisas,
narran la pesadumbre desolada del tiempo.

Todo comienza y pasa con obstinada prisa;
son muchos los ejemplos que ilustran cada día
la medida fugaz de la dicha y el beso.

Mas no sirve de nada el escarmiento dulce
que la vida nos brinda al descontarnos horas.

Yo tenía y tengo mis razones y convencimientos para esgrimir el título de este discurso, título que me planteaba como respuesta categórica a la pregunta ¿Para qué la literatura? A lo que respondo: *Literatura para vivir*. Creo firmemente en ello: La literatura nos ayuda a vivir, nos hace mejores personas, nos hace más felices, nos descubre el mundo o nos lo muestra de otra manera sorprendente. Es verdad, y otros muchos lo han dicho, sobre todo aplicado a la novela, cuanto menos desde el despegue del género, como lectura de masas, en el siglo XIX, que la literatura nos hace vivir otras vidas, vidas vicarias, si se quiere, pero vidas diferentes. Pero nada de esto es nuevo. Cuando hace pocos días les explicaba a mis alumnos neófitos de la Facultad de Filosofía y Letras el éxito del cuento allá en la Edad Media, cuya fórmula viene aún de más lejos y llega con fuerza a nuestros días, les comentaba que esos relatos sinópticos que encierran una pequeña historia que nos atrapa, pese a sus muchos interrogantes, no hacen, desde los tempranos siglos, otra cosa que combinar con eficacia el binomio de entretener y enseñar, como muy bien lo explicara Don Juan Manuel, el autor de *El Conde Lucanor* en el siglo XIV, al decir que el cuento hace como los físicos (los médicos) que preparan la medicina envolviendo el activo químico que nos cura con algo agradable, que engañe al paladar. Solo tenéis que recordar los jarabes de la infancia.

Cuando garrapateaba el título de este discurso (palabra que sigo creyendo que le viene grande, como el traje heredado de un familiar obeso que nos obligan a vestir en la ocasión oportuna), lo hice con la convicción de que estaba dando un lema que me aplico a mí mismo desde joven: *Literatura para vivir*. Oportunamente, pensando ya en estas palabras, me encontré con una Cita de Vargas Llosa (en una entrevista en *El País*, de 21 de septiembre de 2017) que me reafirmó en mis intenciones, pues no está mal que a uno lo reafirmen voces tan solventes, campanudas, mediáticas e inteligentes como la de nuestro último

premio Nobel, a quien aprecio sin tasa como novelista y como intelectual.

Comentaba el entrevistador: “Lo dije jugando, pero sí es cierto que igual que Goethe ve la Historia con mayúsculas, Mario ve la Literatura con ele mayúscula!”. Y Vargas Llosa responde que “es verdad que hay que pensar *la literatura con ele mayúscula porque enriquece la vida*, hace que una sociedad sea capaz de ver lo que anda mal para que no viva en la mentira [...] La buena literatura contrarresta la mentira”. Es obvio que Vargas Llosa estaba en esos días sangrando por una herida que a todos nos concierne y que lejos de cerrarse parece abrirse más cada día, pero no es menos cierto que sus palabras, sacadas de la circunstancia que las motiva en primera instancia, son acertadísimas cuando afirma que la “literatura enriquece la vida”.

Literatura para vivir, como analgésico o como lección para la vida, para comprender la vida, su goce, pero también su desbarajuste y vértigo, su sinsentido a veces, su dolor y su crueldad. *Literatura para vivir*, para acompañar la vida.

Enlazándolo con las palabras de Vargas Llosa, recuerdo que lo primero que encontré en mi correo electrónico al día siguiente del renombrado referéndum catalán fue un mensaje de un buen amigo, uno de los mejores poetas extremeños de las últimas décadas, Álvaro Valverde, quien sin más comentario ni hojarasca me regalaba (me recordaba) el memorable poema de Jaime Gil de Biedma, otro de los grandes del siglo XX, que era catalán: “Apología y petición”, poema que se publicó en su libro *Moralidades* en 1966, en la emblemática editorial Joaquín Mortiz de México. Este poema está escrito en una forma métrica clásica de la época de los trovadores, forma difícilísima, la sexta (estrofas de seis versos, en cada uno de los cuales en posición de

rima ha de repetirse la misma palabra en todas las estrofas, seis palabras claves que deben reunirse en la coda o remate final). Esta es una forma artificiosa donde las haya, aunque, como bien se sabe y el propio Jaime Gil de Biedma confesaba, esas formas tan difíciles para el común de los mortales, son las más fáciles para los buenos poetas, como demostró entre otros el gran Antonio Machado, cuya sencillez compleja nos conmueve. Pues bien, Gil de Biedma escoge, para desconcierto de muchos, la sextina para escribir un poema sobre España, un poema social, con una obvia carga de ironía, en un momento especialmente complejo de nuestra historia: los años sesenta. Como es bien sabido, las seis palabras que se reiteran, con distinta ordenación, en la artificiosa construcción de la sextina son: España, demonios, pobreza, gobierno, hombre e historia. Creo que sobran los comentarios sobre la actualidad descarnada de este texto en nuestro siglo XXI, de ahí el oportuno regalo de mi amigo Álvaro en el día de marras.

APOLOGÍA Y PETICIÓN

¿Y qué decir de nuestra madre España,
este país de todos los demonios
en donde el mal gobierno, la pobreza
no son, sin más, pobreza y mal gobierno,
sino un estado místico del hombre,
la absolución final de nuestra historia?

De todas las historias de la Historia
la más triste sin duda es la de España
porque termina mal. Como si el hombre,
harto ya de luchar con sus demonios,
decidiese encargarles el gobierno
y la administración de su pobreza.

Nuestra famosa inmemorial pobreza
cuyo origen se pierde en las historias
que dicen que no es culpa del gobierno,
sino terrible maldición de España,
triste precio pagado a los demonios
con hambre y con trabajo de sus hombres.

A menudo he pensado en esos hombres,
a menudo he pensado en la pobreza
de este país de todos los demonios.
Y a menudo he pensado en otra historia
distinta y menos simple, en otra España
en donde sí que importa un mal gobierno.

Quiero creer que nuestro mal gobierno
es un vulgar negocio de los hombres
y no una metafísica, que España
puede y debe salir de la pobreza,
que es tiempo aún para cambiar su historia
antes que se la lleven los demonios.

Quiero creer que no hay tales demonios.
Son hombres los que pagan al gobierno,
los empresarios de la falsa historia.
Son ellos quienes han vendido al hombre,
los que le han vertido a la pobreza
y secuestrado la salud de España.

Pido que España expulse a esos demonios.
Que la pobreza suba hasta el gobierno.
Que sea el hombre el dueño de su historia.

Pero en realidad este principio de la *Literatura para vivir* se aplica en dos planos, planos complementarios, pero que no se dan a la vez habitualmente: el del lector y el del escritor, que a mi entender son planos correlativos del profesor y del poeta.

El lector, enfermo o no de lectura y en su caso de literatura, tiene ya sus primeros ejemplos famosísimos poco después de que la imprenta comenzara su imparable conquista. En 1494, durante el carnaval de Basilea un joven doctor en derecho, Sebastian Brant, publicó un pequeño libro en alemán de versos alegóricos sobre los pecados o las locuras de la sociedad de su tiempo (el adulterio, el juego, la falta de fe, la ingratitud, la curiosidad codiciosa, etc.), el libro se ilustraría con bellos grabados, algunos del joven Durero, y tendría un éxito fulgurante: *Das Narrenschiff*, en cristiano: *La nave de los locos*. La primera imagen ilustra la locura del erudito, un hombre en su estudio rodeado de libros, es el loco de los libros, y su locura es enterrarse en libros. Todo esto nos lo cuenta con gracia y fundamento un maravilloso libro, que recomiendo a mis alumnos y que la mayoría conocéis: *Una historia de la lectura* de Alberto Manguel.

El maestro Borges, el aprendiz sabio, decía, con conocimiento de causa, en su poema “Un lector” de *Elogio de la sombra*:

Que otros se jacten de las páginas que han escrito,
a mí me enorgullecen las que he leído.
No habré sido un filólogo,
[...]
pero a lo largo de mis años he profesado
la pasión del lenguaje.

La lectura, en los tiempos modernos desde la imprenta (pues antes la literatura se transmitía oralmente o a través de la lectura conjun-

ta en voz alta), ha revolucionado la vida del hombre. Fijaos en que la invención de la imprenta en el siglo XV y su desarrollo en los siglos siguientes cambió el mundo cuanto menos igual que lo ha cambiado internet en nuestros días. De ahí la resistencia numantina del libro como lo conocemos, tantos siglos después. Por ello el libro en papel no ha perdido tanto terreno, pese a los vaticinios de los agoreros, que preveían su desaparición o arrinconamiento en pocos años. Como han dicho muchos, el libro es un artefacto fantástico que, pese al paso de los siglos, sigue satisfaciendo sin tasa a sus usuarios.

No es que yo os anime a volveros locos de los libros, aunque ahí tenéis el modelo de Cervantes en su Alonso Quijano cuerdo y su Don Quijote loco por leer libros de caballerías; pero sí quiero llamaros la atención sobre esa enfermedad de la literatura, como la enfermedad del amor, que es de las pocas enfermedades que nos sanan, que nos ayudan a vivir. En los tiempos modernos, herederos de esa larga saga que fundara Brant y Cervantes, entre otros, tenemos a los *Bartleby y compañía* (título de una novela de Enrique Vila-Matas), en la estela de *Bartleby, el escribiente*, (1856) relato famoso de Herman Melville, el autor de *Moby Dick*, que se considera un anticipo del absurdo kafkiano.

Es Borges, de nuevo Borges, precisamente quien formula en un famosísimo poema de 1959 aproximadamente, cuando ya estaba completamente ciego y había sido nombrado Director de la Biblioteca Nacional argentina en Buenos Aires, esa idea del lector apasionado en su paraíso: la biblioteca, aunque con la carga irónica de tener a la vez los libros y la noche, es decir, la ceguera:

POEMA DE LOS DONES

Nadie rebaje a lágrima o reproche
esta declaración de la maestría
de Dios, que con magnífica ironía
me dio a la vez los libros y la noche.

De esta ciudad de libros hizo dueños
a unos ojos sin luz, que sólo pueden
leer en las bibliotecas de los sueños
los insensatos párrafos que ceden

las albas a su afán. En vano el día
les prodiga sus libros infinitos,
arduos como los arduos manuscritos
que perecieron en Alejandría.

De hambre y de sed (narra una historia griega)
muere un rey entre fuentes y jardines;
yo fatigo sin rumbo los confines
de esa alta y honda biblioteca ciega.

Enciclopedias, atlas, el Oriente
y el Occidente, siglos, dinastías,
símbolos, cosmos y cosmogonías
brindan los muros, pero inútilmente.

Lento en mi sombra, la penumbra hueca
exploro con el báculo indeciso,
yo, que me figuraba el Paraíso
bajo la especie de una biblioteca.

Algo, que ciertamente no se nombra
con la palabra azar, rige estas cosas;
otro ya recibió en otras borrosas
tardes los muchos libros y la sombra.

Al errar por las lentas galerías
suelo sentir con vago horror sagrado
que soy el otro, el muerto, que habrá dado
los mismos pasos en los mismos días.

¿Cuál de los dos escribe este poema
de un yo plural y de una sola sombra?
¿Qué importa la palabra que me nombra
si es indiviso y uno el anatema?

Groussac o Borges, miro este querido
mundo que se deforma y que se apaga
en una pálida ceniza vaga
que se parece al sueño y al olvido.

En nuestras lecturas, trazamos lazos sorprendentes, que van iluminando el mundo. Relacionado con esa idea del paraíso como biblioteca, leía en la novela *El azar y viceversa*, del roteño Felipe Benítez Reyes, cómo el protagonista cuenta, a la manera de la historia de un pícaro, sus peripecias, entre las que destaco precisamente una aventura en la que acompaña, como si de un nuevo lazarillo de Tormes se tratara, a un atrabiliario erudito a dar una conferencia en Alcalá, y cómo para resarcirse se cobra por su cuenta de la biblioteca del erudito, llamado Escapachini, un libro que intuye valioso por su aspecto y encuadernación, y que resulta ser el *Tesoro de la lengua Castellana o española* de Sebastián de Covarrubias, diccionario donde lo primero que lee es la definición de la palabra “hambre”, por ver si le calmaba la

mucha que había pasado en el viaje con el dichoso y tacaño erudito Escapachini. Leo por su interés para lo que os comento un párrafo sobre la biblioteca del erudito: “Me arrobé ante la visión de aquel amasijo de libros y me dije, con una voz interior de tono alegre, que algún día iba a tener yo una biblioteca como aquella, profusa y aromática, para dedicarme al estudio y a la meditación, y no irme del mundo sin enterarme ni de la milésima parte de su misterio infinito, del que los libros dan cuenta en la medida en que saben y pueden”.

Esta cita nos devuelve a la evidencia de que la literatura es lenguaje, un lenguaje especial, trabajado, exigente, donde el escritor exprime las palabras y sus mágicas asociaciones, reconociendo, como decía Unamuno, que las palabras son metáforas sometidas a presión de siglos. Félix Grande, en el discurso referido, citaba a Don Miguel a propósito de esa vida milenaria de las palabras: “Tened fe en las palabras porque ellas son cosa vivida”. Hace algún tiempo, cuando explicaba literatura medieval a mis alumnos, les citaba un testimonio de un gran poeta catalán, académico insigne, Pere Gimferrer, quien confesaba en un artículo de periódico la emoción que sentía al ser heredero de la lengua de Berceo, al sentir ese lazo no roto durante siglos que hermana a los escritores a través de su lengua. También Machado escribió aquello de “entre mis poetas preferidos, Gonzalo de Berceo”. Me parece muy significativo que Gimferrer, que también escribe en catalán, secunde la máxima de Borges, otra vez Borges, cuando decía que la patria de un escritor es su lengua. Ya cité anteriormente que Félix Grande también reconocía en *Las Rubaiyats* al lenguaje como única patria. Pues bien, ese poder asombroso de la palabra, del lenguaje, materia prima del texto literario, explica en buena medida por qué la literatura nos ayuda a vivir, por qué las palabras iluminan la vida, la crean o recrean a cada instante para todos nosotros.

Un poeta contemporáneo al que admiro, excelente persona, Diego Jesús Jiménez, en uno de sus últimos libros, *Itinerario para naufragos* (1996), premio nacional de poesía y antes Premio Gil de Biedma en su

sexta edición (por cierto, un premio que en su vigésimo quinta edición de 2015 ganaría a título póstumo, por su espléndido libro *La sentencia*, José Miguel Santiago Castelo. Curiosamente en el jurado del premio que ganara Diego Jesús Jiménez en 1996, presidido por Alberti, estaba Félix Grande. Como veis otro guiño del azar), incluye un poema excelente en que nos habla de ese poder creador de la palabra, que ya está en la maravillosa parábola del *Génesis*, donde se nos narra el origen del mundo como resultado del poder creador de Dios a través del verbo, es decir, de la palabra.

Este poema se titula “El lingüista” y es, en primer término, un homenaje a Juan de Valdés, el humanista del XVI que escribiera entre otros un memorable *Diálogo de la lengua*, pero en realidad el texto es esencialmente un canto al poder creador, vivificador, de la palabra, al poder creador y vivificador de la literatura y, de manera principal, de la poesía, no en vano llamó Rubén a los poetas “torres de Dios”.

“El lingüista” abre la última sección de *Itinerario para naufragos*, justamente titulada “Lugar de la palabra”. Leemos al final del poema:

Someter la palabra, Juan de Valdés, es ambición hermosa,
porque así se da nombre y destino a la vida, la materia
su corazón cerrado. [ilumina

Dar nombre y destino a la vida, iluminar el corazón cerrado de la materia, no es mal empeño para las palabras, para la poesía, para la literatura.

Las palabras nos unen al mundo, son como el hilo que nos cose a él, que da sentido al ser, al existir; son el nexos que une vida, literatura, poesía y existencia.

Y si las palabras son “cosa vivida” como decía Unamuno y nos recordaba Félix Grande, la literatura es voz heredada, tradición, de ahí la afirmación de Borges sobre su condición privilegiada y placentera de lector. Como profesor aprendí por fortuna muy pronto que todo escritor es heredero de quienes le han precedido, de quienes ha leído, cuyas voces viven con mayor o menor evidencia en su propia voz. La literatura, como ha escrito un eminente profesor y también académico, Francisco Rico, es en fin de cuentas “La historia de la Literatura”.

En un libro reciente de un colega que hace ya muchos años pasó por la Universidad de Extremadura, por la Facultad de Letras, Jorge Urrutia, catedrático de literatura y poeta, libro titulado *Juguetes de un dios frío. Literatura, Historia e Ideología* (Devenir, 2015), encontramos un elocuente epílogo con el título “Para qué la literatura”, que viene muy a propósito para la preocupación primera y última que debe ocupar al profesor de literatura.

Escribe Urrutia:

Cuando en una película anglosajona el protagonista es un profesor, suele serlo de literatura. ¿A qué se debe esa insistencia? ¿Por qué no lo es de física, matemáticas o resistencia de materiales? Sin duda porque los anglosajones entienden la enseñanza de la literatura como un sistema idóneo para que nos comprendamos a nosotros mismos en cuanto individuos sociales. No dejo, como profesor que soy, de sentir envidia de un concepto de enseñanza que busca, con y a través de los textos, no formar prematuros filólogos, no historiar y clasificar autores u obras, dándoles carta aislada de naturaleza, sino ayudar a vivir. [...] Las obras literarias resultan ser compañeras insustituibles para la vida.

Y termina Urrutia señalando cómo habitualmente se nos enseñan tan solo “nombres, fechas, títulos o figuras retóricas, y no a hacer nuestros, a través de la buena comprensión de los textos, la emotivi-

dad y las palabras que siempre expresaron los sentimientos más nobles del ser humano”.

Debo confesar que desde hace mucho tiempo y hasta donde las fuerzas me alcanzan me he esforzado y esfuerzo en el aula por que mis alumnos lean los textos literarios, ya que en ellos y en su recuerdo esforzado está el único principio y el único fin que tiene sentido en la enseñanza de la literatura.

Alberto Manguel, a quien antes citaba, hacia el final de su espléndido libro *Una historia de la lectura*, en el capítulo titulado precisamente “El loco de los libros”, comenta una famosísima fotografía (tres lectores curioseando entre las ruinas de la biblioteca Holland House, en la zona oeste de Londres, que fue alcanzada por una bomba incendiaria el 22 de octubre de 1940. No olvidemos que el siglo XX y el siglo XXI siguen ofreciéndonos ejemplos deplorables de esta barbarie. ¿Quién ha olvidado, por ejemplo, la destrucción de la Biblioteca de Sarajevo en la guerra de los Balcanes, sobre la que nos habló el gran Juan Goytisolo?).



Escribe Manguel comentando esta fotografía:

Una fotografía hecha en 1940, durante los bombardeos sobre Londres de la Segunda Guerra Mundial, muestra los restos de una biblioteca medio derruida. A través del tejado hundido se ven fuera edificios fantasmales y en el centro del local hay un montón de vigas y muebles rotos. Pero las estanterías colocadas sobre las paredes se han mantenido, y los libros alineados en ellas parecen intactos. Tres hombres están de pie entre los escombros: uno, como dudoso sobre qué libro escoger, lee, se diría, los títulos de los lomos; otro, con gafas, se dispone a sacar un volumen; el tercero está leyendo, con un libro abierto en las manos. No están volviendo la espalda a la guerra, ni haciendo caso omiso de la destrucción. No prefieren los libros a la vida en el exterior. Tratan de seguir adelante pese a encontrar obstáculos bien evidentes; están afirmando el derecho de todos a preguntar; están una vez más —entre las ruinas en medio de esa maravillosa percepción de las cosas que la lectura concede a veces— tratando de entender.

Muchas veces me he sentido como alguno de esos tres hombres, o como los tres al unísono, y no tanto porque el mundo en que vivimos nos enseñe a cada paso su fantasmal apariencia, sus miserables escombros, sino porque también, como a ellos, la lectura me ha regalado una maravillosa percepción de la vida y me ha ayudado a entender, lo que no es poco.

En mi último libro de poemas, ya citado, *Tratado de ignorancia*, quise disponer a manera de poética, pero al final, un poema que me explica este cuerpo a cuerpo del profesor y el poeta, que me ayuda a vivir cada mañana. Es un poema que habla de esperanza. Se titula “Las palabras”, y sus palabras también me servirán ahora para terminar las mías, en este discurso devanado a sí mismo en loco empeño.

LAS PALABRAS

Las palabras han tardado como las lluvias.
He esperado paciente,
tras años de silencio,
su rumor en el borde de mis manos.
Han dibujado círculos inciertos,
merodeos,
han rondado mis noches y mis días,
y han vestido con calma la ignorancia
que me ha ganado el juicio
en esta edad madura.

Ellas saben de mí
algo más que yo de ellas,
conocen los olvidos y los dones,
la precisa razón que me empuja a vivir,
y a recordar que vivo
contra viento y marea.

Pues eso, en fin de cuentas: *literatura para vivir*.

Muchas gracias.

Contestación
de la
Excma. Sra. Dña. Carmen Fernández Daza Álvarez

Señoras y señores académicos:

Acometo con júbilo, y cierta turbación, la misión de contestar, en nombre de la Real Academia de Extremadura, al exquisito filólogo y al poeta por inherencia que, en amoroso agónico convivio, animan la morada más íntima de don José Luis Bernal Salgado, miembro de esta casa desde que nuestros sufragios le otorgaron la investidura el 16 de septiembre de 2016.

Principio, por tanto, confesando mi vivísima alegría al dar la bienvenida al nuevo académico. Viva alegría fuera por el convencimiento objetivo de que sus copiosos méritos intelectuales van a aportar serenidad y riqueza a esta alta institución; pero vivísima es, en un emocionado, personal superlativo. Permítaseme el oxímoron, pero el sufijo de extrema intensidad se halla necesitado, hambriento de glosa, que venga a alimentar la procedencia del júbilo. Bastará un solo sustantivo para el escolio, pues nada se me antoja más superlativo que la amistad. La procedencia se cifra en ella, en los veintidós años de afectos ininterrumpidos que se hallan tendidos, en una referencia, al sol del discurso del doctor Bernal.

Continúo aclarando la causa de la segunda reacción emocional,

la de esa cierta turbación, ya confesa, que me acompaña desde que nuestro compañero me honrase con la responsabilidad de contestar a su discurso de ingreso en esta Real Academia. No resulta difícil anticiparse a lo que es evidente, y por tanto entenderán que me azore pronunciar la bienvenida oratoria que se me ha encomendado, por el hecho de considerarme la persona menos apta de entre nosotros para acoger al profesor y poeta en esta casa de las Letras y las Artes. Por eso apelo a la amistad del Sr. Bernal y a la bondad e indulgencia de todos ustedes, señoras y señores académicos.

Excepto el apasionado acercamiento como lectora, desde los cauces de las propias obras de creación o desde las orillas de los estudios críticos, jamás he transitado, mediante la investigación personal, los intereses filológicos que han centrado la pulcra trayectoria del catedrático de literatura que hoy recibe la medalla nº 6 de esta Real Academia. Algunas líneas sobre Felipe Trigo o un par de artículos dedicados al excelente poeta José Antonio Zambrano, se cuentan entre las osadías escritas de quien se dirige a todos ustedes, atrevimientos que bordean algunos de los territorios amorosamente sometidos por la razón, el estudio y la emoción de don José Luis Bernal Salgado, pero que no justifican el honor que se me hace: la literatura de vanguardia, la poesía fin de siglo, la Edad de Plata, o la literatura española contemporánea.

Sin alardes de falsa molestia, la poca consistencia para adentrarme con soltura y competencia en la labor crítica del doctor Bernal, debida a mi reconocida lejanía profesional de los terrenos por él recorridos, se repite ante el intento de destilar en el alambique del análisis literario todos los aromas del otro yo que vive junto al profesor, aquellos que elabora el ingenio. Mi devoción por la poesía no puede convertirse en aval suficiente para “destinar al juicio” la obra de creación de nuestro compañero de Academia. Porque además tampoco he pro-

digado la indagación del conocimiento humano por esos “senderos poco sistemáticos”, “abismos” al fin, escribía Antonio Colinas, que vadea un poeta¹. Pocas veces me he sometido a la búsqueda desde el reconocimiento de una especialísima “ignorancia”, la de hallarme desnuda frente a las exactas palabras que deben morar dentro de mí, esas, expresa don José Luis, que “conocen los olvidos y los dones”, las que “vierten –decía San Juan– secretos y misterios” y que, modeladas en versos, pueden parecer “dislates antes que dichos puestos en razón”². Dado que me dirijo a un auditorio muy cualificado, huelga aclarar que no en vano he asimilado en estas líneas la referencia a ese “juicio gracianesco”, que inaugura la ignorancia bernaliana. Tras de sí existe una profunda admiración lectora. La que siento por el *Tratado* reciente del nuevo académico³.

En ese estado de sinrazón poética referido por San Juan, con los dedos esclavos de un ansia de plenitud no corporal y los ojos heridos de tanto indagar en los abismos, escuchamos a un joven creador, becario de investigación en la Universidad de Extremadura, cuando amanecía el año de 1983:

ESE POEMA que me hiere y avienta
 los dedos como pájaros en fuga.
 Vaciándome las cuencas de los ojos
 para ver al trasluz de mis visiones.
 ESE POEMA azul
 cerezo muerto en primavera
 con la flor a punto entre los dientes.
 En ÉL me aguardan puntuales
 el amor y la muerte apalabrados⁴.

Hallamos ahí, en el último verso, escrito hace más de treinta y

cuatro años, dos de los temas centrales de la reflexión creadora de quien es, escribía Álvaro Valverde, “uno de los poetas esenciales de la poesía extremeña y española de su época”⁵. Pero sobre todo encontramos, conmovidos, el recorrido sin tregua de la melodía de la claudicación y del conocimiento: el saberse llamado para ser en la palabra, en la literatura. Podríamos decir que encontramos la melodía infinita de Bernal.

La habilidad poética en este tiempo de asombros y de amorosa claudicación se reveló en el libro *Primavera invertida* (1984). Es el resultado de una profunda indagación sobre la palabra esencial. La fuerza de la voz propia, el lirismo inalienable del Yo, no arrincona el tributo estético (admiración y sabiduría) a la poesía de vanguardia. No solo pregona la dependencia el aspecto más visible (la ausencia de puntuación o la disposición tipográfica con mudas comunicaciones en cada página), también lo hace el diálogo sostenido en más profundas interrelaciones. Los símbolos, las imágenes (insólitas y luminosas) que liban a veces, tenuemente, en los panales del surrealismo, o que vadean sin aspavientos un hermetismo renovado (recipientes óptimos para retener “el trasluz” de las visiones o el paisaje interior) causaron en los lectores goces y sorpresas:

Dejadme en este entierro de piel
 de mullido burdeos en las caderas
 al solaz de mazurcas y el futuro preciso
 de unos versos de Leopardi
 Dejad la cimbra al viento
 que entregan las ventanas
 de esta desolada estancia de la urbe
 Dejad las horas
 que derramen a voluntad cristales

y besos en mi pecho
Descomunal desidia de los miembros
laxitud y creación completa dicha⁶.

Luego llegó el juicioso mutismo, como si *esa luz de agua que brotaba de las venas no quisiera dar de beber a las imprentas*⁷. Años después del premiado libro *Primavera invertida* (1984), amaneció *El alba de las rosas* (1989). El diálogo sin gesto externo audible (aneuphonēs), diálogo contenido en la intensidad consciente del Yo lírico, abrió las ventanas de su celda, para hacernos partícipes solidarios del destilado verbo procedente de aquel coloquio imperceptible. En la primera parte del libro, no sin intención titulada “Alba del verbo”, el poeta de los largos silencios creadores confesaba las razones de una aparente mudez:

En verdad, mi palabra sólo era silencio,
palabra sin pestañas, a la espera del alba,
esa hora terrible de la justicia blanca,
del gaita en el amor y el acero en los cuellos.

Y a la espera del rosa, mi palabra era carne
prisionera de luz, del amado perdido.
Sus besos de ceniza, su abandono de bronce
vagaban por el sueño, por el tiempo vacío,
a la espera del alba silenciosa del verbo⁸.

Alborea. El poeta ha reencontrado en el silencio y el secreto de la noche su propia alteridad. La vida despunta en cinco “albas” que quiebran la nocturna afonía y sin dilaciones, para tornarse sonora visibilidad, corta un hábito tejido todo de verbo y lo hace medida de su espíritu. La palabra amanece, por tanto, revestida de cualidad salvífica

ca, tras haber flotado como una “burbuja leve” (escribe Bousoño) que “se alza en la noche y permanece cual estrella fija entre las sombras”⁹.

Los libros del poeta no contienen ignorancias, albas ni primaveras aisladas. El diálogo en el secreto del Yo lírico ha proyectado estancias de confraternidad, libros hogares, en los que sus moradores conversan, interactúan, están unidos de manera invulnerable.

Pero cada ignorancia, cada primavera, cada alba rosada, se nos ha dicho, refulge, tras una lucha amorosa, cuerpo a cuerpo, que el profesor y el poeta libran sin concederse treguas. Profesor y poeta. Lector y escritor. Esos son los planos complementarios en los que nos ha situado el doctor Bernal. Ni una sola vez ha mencionado, aplicada a él, la palabra filología. Ignoro si es humildad, respeto o prudencia. La disciplina ha tenido un camino tortuoso en la definición de sus límites, llegándose a una perspectiva reduccionista, originada por los intereses de unos y los celos de tantos. Una necesaria especialización en áreas diversas terminó por generar la torcida perspicacia de quienes otean intrusos, como si contener se pudiera en un frasco el fluir de un río.

¡Qué distancia de la visión totalizadora de Friederich August Wolf! Tanta es que ya ni la nostalgia se entromete en la confrontación de aquel tiempo y espacio privilegiados (en los que nadie cuestionaba el destacado papel del filólogo como educador primordial) y este tiempo y espacio nuestros de marginación, ostracismo, soledad. No es de extrañar que el nuevo académico se duela por la palabra maltratada en un presente árido o que se sienta aislado en un enfermo territorio donde prodigiosamente florece el hecho literario. También yo, como tantos de ustedes, he reflexionado sobre ello. Un poeta filólogo, maestro italiano predilecto, sale en mi auxilio con la imagen que mejor identifica el milagro: el hallazgo entre la desolación de una aromada flor ca-

paz de consolar al más yermo de todos los desiertos posibles, y cuyo dulcísimo perfume “da sentido y destino al vivir”. Permítanme que niegue en una parte la intencionalidad del autor para amoldar la íntima visión de Leopardi a la emoción personal, enardecida por el discurso del nuevo académico. La propia palabra poética me expide la licencia, porque en esencia es “inacabada e infinita”, *athánaton sperma*, semilla inmortal, que da frutos diversos según sea el diálogo que con ella sostiene la tierra que la recibe¹⁰. Y todo este desmesurado introito para decirle a usted, don José Luis, que lo observo atentísimamente desde hace años, mientras contempla el negrear del mundo, “Sterminator Vesevo”, escupiendo, con sus palabras muertas, cenizas infecundas, y lo sorprendo luego huyendo a su aislado refugio, un recodo donde brota el asombro de la vida. Consuelo, destino, sentido para vivir, literatura: “odorata ginestra/ contenta dei deserti”¹¹.

Quizá sea el “futuro preciso” que nos anunciaban los versos de su *Primavera invertida*.

Por todo cuanto he ido entretejiendo hasta ahora, habrán percibido que me resulta imposible disociar como entidades aisladas al filólogo, al lector, al poeta, al profesor, al crítico... porque es agua del mismo manantial salúfero contenida en vidrios distintos. Su caudal arrastra las voces de una secular armonía. El helenismo refrendó al *poeta doctus*, al que combina el juicio y el ingenio. Ya no era solo sorprenderse en el asombro de la milenaria herencia del lenguaje, a la que don José Luis Bernal se ha referido, en el milagroso fluir de un proceso histórico cuyo cauce es la memoria colectiva, que individualmente recibimos, modificamos y enriquecemos. Ya no era solo, como escribe Lledó, descubrir, a través de las palabras “la capacidad creativa del hombre, la construcción de la cultura como un territorio que, surgido de la mente y la sensibilidad, inventa también un espacio donde reali-

zarse. Palabras que jamás habrían aparecido en el lenguaje, jamás se habría descubierto el territorio que señalan, si su creador —la especie humana— no las hubiera entendido tan necesarias y vitales como el agua”¹². El *poeta doctus* va más allá. Cuando a Filetas de Cos se le atribuye el título de ser el primer “poeta y filólogo” (poietès háma kai kritikós), además de reconocerse que la filología vino a ser una aportación de los poetas¹³, se señala que ese “lenguaje especial, trabajado, exigente”, al que aludía don José Luis Bernal, estaba de algún modo hambriento, necesitado de intérpretes, a fin de que la vida inmortal de las palabras encontradas en otra temporalidad, “vitales y necesarias”, continuasen su camino mediante formas nuevas de realización, de expresión, para que los recientes poetas, poetas doctos, gozasen al reconocerse poseedores, también mediante el conocimiento, de un diálogo fluido entre “mágicas asociaciones”. El académico a quien hoy recibimos es un ejemplo exquisito de una tradición antigua, larga, sobrecohedora, ininterrumpida. No voy a incomodarles con un listado inagotable. Anotaré, *calamo corrente*, unos sonoros ejemplos de filólogos poetas; profesores, filólogos y poetas, o profesores poetas para situar entre ellos a nuestro compañero: Calímaco, Apolonio de Rodas, Zenódoto de Éfeso, Francesco Petrarca, Angelo Poliziano, Luisa de Medrano, Juan Mal Lara, Beatriz Galindo, fray Luis de León, El Brocense, Juan de Almeida, Luisa Sigea, Francisco de Medrano, José Pellicer, Ignacio de Luzán, Giacomo Leopardi, Giosue Carducci, Antonio Machado, Dámaso Alonso, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Gerardo Diego, Carlos Bousoño, Luis Alberto de Cuenca, Guillermo Carnero, Francisco Díaz de Castro, y con voz extremeña hoy María José Flores Requejo, Emilia Oliva, Irene Sánchez Carrón, Teresa Guzmán Carmona...

No nos situamos con ello en la exigencia de Baltasar de Céspedes, ni en la pizca de soberbia humanista de Francisco Sánchez de Brozas en la edición de Garcilaso al defender como haber ineludible para el poeta

“ciencias, lenguas y doctrina”, es decir, “la erudición que a pocos se concede”¹⁴; tampoco presentamos un alegato motivado por una pretendida humillación, afortunadamente superada, que, azuzada por la mordacidad juanramoniana, soliviantó a los más delicados corazones poéticos de la Edad de Plata, y cuya secuela aún parecía doler a un emocionado Jorge Guillén, cuando, octogenario, recibió la distinción de doctor honoris causa en la Universidad de Málaga (1981)¹⁵. Sí queremos expresar que la intimidad vivísima de “las metáforas sometidas a la presión de siglos”, la ciencia poética, se hizo sabiduría creadora en don José Luis Bernal; que el filólogo ayuda al poeta, y el poeta socorre al filólogo; que el misterio del trato recatado con la palabra no solo se aloja en “un verso bellissimo de olvido”¹⁶ sino en aquellas obras en las que el juicio indaga en las metáforas de otros o en las que, con precisión, ritmo y elegancia se vierten, embellecen y recrean, de una a otra lengua, sonidos y palabras; que el brío y la pericia creadores están detrás del poeta filólogo cuando “de las palabras que todos hablan, elige las que les conviene y mira el sonido dellas y las muda y las compone para que no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino también con armonía y dulzura”¹⁷. Y aún hay algo más: el poeta filólogo, el profesor poeta, escribe, lee su obra de creación —“la inspiración profunda”, diría Guillén— “con una conciencia que la contempla”.

Cuando don José Luis Bernal, en el exordio de su discurso, se mostraba ante nosotros con el ánimo “desnudo y humilde”, sin adornos, para compartir con el auditorio las secuelas de una amorosa lucha interna, las palabras del eruditísimo, apasionado, atormentado Leopardi, aparecieron como espejismos de una identidad. Revivía el agónico combate del recanatense procurando acallar la estruendosa voz del poeta que moraba junto al joven filólogo autodidacta de 19 años, y que, enardecido, se rebelaba contra las recomendaciones de Pietro Giordani. Era la insurrección del potente Yo lírico, enmascarado en la

educación y en la prudencia del otro yo, el del Leopardi estudioso, que redactaba la epístola:

Da che ho cominciato a conoscere un poco il bello, a me quel calore e quel desiderio ardentissimo di tradurre e far mio quello che leggo, non ha dato altri che i poeti, e quella smania violentissima di comporre, non altri che la natura e le passioni, ma in modo forte ed elevato, facendome quasi ingigantire l'anima in tutte le sue parti, e dire, fra me: questa è poesia, e per esprimere quello che io sento ci voglion versi e non prosa, e darmi a far versi [...] Non voglio già dire che secondo me, se la natura ti chiama alla poesia, tu abbi a seguitarla senza curarti d'altro, anzi ho per certissimo ed evidentissimo che la poesia vuole infinito studio e fatica, e che l'arte poetica è tanto profonda che come più si va innanzi più si conosce che la perfezione sta in un luoco al quale da principio nè pure si pensava. Solo mi pare che l'arte non debba affogare la natura e quell'andare per gradi e voler prima essere buon prosatore e poi poeta, mi par che sia contro la natura [...] E quale è dunque il vero poeta? Chi ha studiato più? E perchè non tutti che hanno studiato ed hanno un grande ingegno sono poeti?¹⁸

Creía escuchar a un joven licenciado en Extremadura, premio extraordinario fin de carrera, premio extraordinario de licenciatura (también lo fue de doctorado años después)... Me preguntaba si, como Leopardi, sometería más de una vez al silencio la potente voz del solista y sus ansias de infinito. No sé si las miles de maravillosas melodías procedentes de un variopinto coro del Parnaso, con las que el filólogo y el lector habían educado mansa y prolongadamente al poeta, frenarían la pasión desbocada de su verso (“Un verso de marfil y cristal—oro llora desconsolado y preso”¹⁹). El joven filólogo debió ir coronando de profundidades la frente del poeta, y en cada hoja laureada, como un maestro sabio y exigente, escribiéndole consejos y sentencias, que le alertaban sobre sus sueños de plenitud: “Nosotros atravesamos solamente la idea de la perfección como la mano corta impunemente la llama, pero la llama es inhabitable”²⁰.

El clima creado por el nuevo académico me ha desviado del itinerario correcto. En el colofón de estas palabras de bienvenida, he de pedirles perdón, Sr. Bernal, señoras y señores académicos, por ser transgresora e indelicada. La costumbre y la cortesía exigen que las palabras de recibimiento contengan una *laudatio*. En este caso concreto, se esperaría además que el encomio preceptivo hubiera sido proporcionado a los cuantiosos méritos de nuestro compañero, aunque con ello le hubiera yo azorado durante muchos minutos, conocidas como son su natural sencillez y apego al ejercicio de la medida. Mas, sin embargo, en libertad he reflexionado sobre el discurso de don José Luis, sin prestar atención al orden del mío, a la compostura de las formas, como si se tratase de una conversación amigable, abierta a todos ustedes. Tarde es para desandar el camino. Baste recordar lo que ya saben: que la cualidad de extraordinario oficialmente reconocida en todos los títulos universitarios de don José Luis Bernal Salgado, ha de ampliarse, como sello indeleble, a su pulcrísima trayectoria profesional en la docencia, en la investigación, en la gestión universitaria y en cuantos proyectos extrauniversitarios ha promovido o secundado fuera y dentro de nuestra región²¹. En lo que concierne a este último punto, deseo destacar su vocación de servicio. Apóstol de la literatura, de la creación, ha sido generoso, es generoso en extremo, con cuantos Ayuntamientos, Asociaciones, Bibliotecas... han requerido, y requieren, su sabiduría o sus dotes para la gestión. Descascarillando el tiempo de otros tiempos, ha organizado congresos, seminarios, lecturas literarias, exposiciones bibliográficas en numerosos pueblos y ciudades de nuestra geografía o ha participado en estas actividades culturales como ponente, lector, o aliado en la luz o en las sombras. Es jurado en premios literarios de localidades entusiastas extremeñas, colaborador de la peña “Amigos del Flamenco”, o de la Semana Santa cacereña. Ha dirigido revistas (la célebre *Gálibo*), Asociaciones como la Unión de Bibliófilos Extremeños o el Centro UNESCO de Extremadura, del

que en la actualidad es vicepresidente y donde recientemente ha promovido el Premio Internacional de Fotografía que lleva el nombre de nuestro querido director “Santiago Castelo”. Su amor y devoción por la región han sido el origen de una parte destacada de su labor investigadora. También la creencia en el genio extremeño. Libros, ediciones críticas, artículos, prólogos nos han acercado aspectos desconocidos sobre la bibliofilia o la industria gráfica en Extremadura, nos han regalado los *Viajes por Extremadura* de Unamuno o nos han guiado hasta la obra de Vicente Barrantes, José María Gabriel y Galán, Francisco Valdés, Antonio Rodríguez Moñino, Pedro de Lorenzo, Santiago Castelo, Pureza Canelo, José Antonio Zambrano, Ada Salas, Emilia Oliva, Alonso Guerrero, y en general a la literatura extremeña fin de siglo (1975–2000)²². Permítanme que de su enjundiosa, vastísima, obra filológica y crítica²³, me detenga en una parte pequeña y escondida. Son breves escritos que contienen la sensible, cómplice mirada de don José Luis Bernal Salgado. Emociona el encuentro. Deseo significar las páginas dedicadas a los profesores poetas o a los académicos poetas, a los eruditos poetas. Alejen, por favor, la carga negativa que arrastra en ciertos contextos críticos la denominación de “poeta erudito” y no, no se equivoquen. No piensen, como seguro han hecho (y con razón), en el profesor poeta a quien el doctor Bernal ha dedicado la mitad de su vida, el gran Gerardo Diego, un amor y esfuerzo recompensados con el merecidísimo VII Premio Internacional Gerardo Diego de Investigación Literaria en 2007²⁴. En este prolijo caminar tras sus escritos, situamos la reciente, excelente y exquisita edición del *Epistolario* entre Gerardo Diego y Juan Larrea, que engarza con el muy temprano interés del nuevo académico por el género epistolar, y en particular por la correspondencia privada (amistad y literatura) de los autores de la Edad de Plata²⁵. Como decía, pretendo en cambio acercarlos tres miradas de un Bernal traspasando tres razones poéticas, que revelan una armónica complacencia: Juan Manuel Rozas, Antonio Rodríguez–Moñino y José María de Cossío.

En la intimidad de sus eruditos escritorios, ninguno de ellos (con intensidades diversas y entre silencios más o menos prolongados o definitivos) pudieron sustraerse de la drogadicción, enganchados sin remedio a ese “dulce veneno” que alimenta el alma, como de manera más poética definió Poliziano la invencible dependencia²⁶.

Juan Manuel Rozas, maestro y amigo del nuevo académico, ha sido recordado con sincerísima emoción en el discurso. La añoranza, contorneada con cinco versos, se torna por ellos también en el homenaje a la palabra poética del ausente, cuyas crecidas torrenteras inundaron con fecundidad los últimos años de su vida, como un don “vático”, estremecedor, cuando ciframos la temprana muerte del profesor y poeta²⁷. “Una vocación aplazada” escribía Luis García Jambрина²⁸. Situémonos en la presentación del libro *De la consolación y de sus dioses*, en Cáceres, el año 1984. En ella don José Luis Bernal conceptuó a Rozas de poeta “redivivo”, distinguió el valor de su creación literaria por ser el resultado de una larga maduración quintaesenciada en el silencio y, en concreto, señaló el meritorio equilibrio *De la consolación* ya que, paradoja creadora, era “fruto de una lucha titánica en el desequilibrio”, la de un “poeta herido para siempre”²⁹. Dos años después, en la *Revista de Estudios Extremeños*, el doctor Bernal publicó un breve pero imprescindible acercamiento a la obra póstuma de Rozas, *Ostinato*, con lo que supone leerla desde el diálogo con los dos libros anteriores del poeta³⁰. Permítanme que garbille la sabia crítica literaria bernaliana para recoger las semillas que convienen a nuestra siembra: las referencia al “intimismo” y el “intelectualismo” de *Ostinato*, la imagen de un renacimiento, de “un volver a la vida tras el silencio”, y la presentación de una “existencia”, la de “un poeta reencontrado con sí mismo”. En 1990, también la *Revista de Estudios Extremeños*, dirigida entonces por nuestro compañero don Manuel Pecellín Lancharro, dedicó un número completo a Juan Manuel Ro-

zas. En él don José Luis Bernal publicó una selección profusamente anotada de poemas contenidos en los libros, entonces inéditos, el *Cancionerillo de la Viñora* y *La partida*. Comprenderán que no me detenga en las cuestiones filológicas que fueron abordadas en la introducción, pero sí, de nuevo, en la insistencia allí también contenida sobre “el apasionado proceso de creación poética” que concluyó en el revivir de una voz que hibernaba.

Cuenta nuestro ya compañero de Academia que Rozas “tuvo el acierto de rescatar la figura de Moñino para las aulas universitarias, insertándola en una modernidad crítica y bibliográfica que le había sido negada”³¹. Ello y una serie de confluencias intelectuales que pertenecen al haber del sólido filólogo y lector que es el Sr. Bernal, y que escapan a la brevedad impuesta de esta contestación, son los álveos por los que fluyen el conocimiento e interés hacia el erudito de Calzadilla de los Barros, que nuestro compañero ha demostrado con hechos incontrovertibles. Pero importa ahora detenerse en el redescubrimiento y la redención del poeta que vivía en el islote íntimo de un gigantesco archipiélago de sabiduría.

En el rescate realizado por el profesor Bernal, los soportes filológicos y bibliográficos de los que se sirve son sólidos, rotundos, nítidos. Se transparentan. Pero, con los binoculares en los ojos, como auxilio para las sugerencias de entrelíneas, no se nos escapan el afecto, la ternura, la complicidad para con el profesor poeta, que pudieran pasar inadvertidas en la sola lectura científica de los artículos en los que se ha ocupado de la obra de creación de Moñino. “Urge, por lo tanto –escribía don José Luis– justificar la razón de ser de Moñino poeta, o lo que es lo mismo, exponer qué datos fiables nos han llevado a pensar al menos en la existencia de una actividad creadora que traspasa la barrera de una simple fiebre juvenil”³². Contraviniendo

sesuda y documentadamente la opinión de Lázaro Carreter, Joaquín del Val o Diego Angulo Íñiguez, un Bernal, en la temprana madurez de los 38 años, establecía dos etapas creadoras en la cronología de Moñino. Pasma el conocimiento que nuestro compañero de Academia poseía de los textos y de su intrahistoria biográfica, compositiva y editorial. La temprana muerte de Rodríguez–Moñino dejó pendientes muchos proyectos; quién sabe si también las palabras del poeta, que “solo eran silencio” (*silencio* como tercera etapa creadora) y que aguardaban, entonces veinte años, el momento de su renacer. Desconoceremos siempre –añadía Bernal– si el silencio fue autocrítica, palinodia de su actividad creadora, debida a la tremenda exigencia del “Robinson de bibliotecas”³³.

Un “conocedor privilegiado” de la inquietud poética de Moñino fue José María de Cossío, sobre quien, no por casualidad, se detuvo la tercera mirada de Bernal que les proponía recuperar hace unos minutos. Pero ya imaginarán que de la magnitud de la obra del eruditísimo académico, la pupila de nuestro compañero no puede sino recrearse en la intimidad de un “Cossío, poeta”, recogiendo en ella al náufrago olvidado. El pórtico del estudio dedicado al vallisoletano lleva inscritas en el tímpano unas palabras de Gerardo Diego, advirtiéndonos desde esa altura que el interés del asunto es más que justificado: “Cossío es ante todo un poeta”³⁴. En las páginas de don José Luis Bernal se nos desvelan el “voluntarioso ser de poeta” que vivía en Cossío; su “decidida voluntad íntima, personal y emotiva, encauzada en una expresión clásica y controlada”; “la maestría de Cossío y su dominio del verso”; el “lirismo inequívoco” de las *Epístolas*; “la madurez y el conocimiento profundo del oficio”³⁵ de quien declaraba que su única esposa legítima había sido siempre la poesía³⁶. Pero la mirada del filólogo, que se ha detenido en este análisis, no esconde la desazón o el disgusto literario de la otra mirada, la del poeta Bernal,

en su emocionado encuentro con el instinto del “poeta–lector” Cossío. Esa mirada atraviesa los asombros y las dudas. Se aflige y pregunta. Parece rebelarse ante las incógnitas irresolubles y se enoja ante el error de la claudicación del vallisoletano. Parece que le grita a él, traspasando en “acronía” todas las barreras; le interpela acerca de la mudez progresiva de su voz lírica, en la seguridad de que hubiera encontrado “una voz propia”, una voz a tener en cuenta, y le inquiere sobre la existencia de poemas posteriores al 24. Hallamos la mirada del poeta Bernal en el desgarrado colofón de protesta, seguro de la felicidad que Cossío dejó escapar:

De esa batalla ardua entre el sentimiento y el trabajado verbo quizá Cossío hubiera salido mejor parado si el silencio poético no hubiera sido su opción elegida, como única salida a su radical autocrítica y a su amor sin límite por la Poesía, con mayúsculas.

Y díganme ¿acaso en todo ello, en este ahondar que traspasa desde la intimidad lo filológico, no encuentran la imagen difuminada de un espejo? ¿Se refleja en él de algún modo nuestro poeta? Volver a la vida tras el silencio, lucha titánica, poeta–lector, autocrítica, exigencia, felicidad... ¿no son conceptos que han ido modelando el magnífico discurso de nuestro compañero, profesor y poeta? ¿No advierten la cómplice mirada?

Que el agua del mismo manantial siga conteniéndose en los dos vasos comunicantes, el del profesor y el del poeta. No opte usted, Sr. Bernal poeta, por un perpetuo diálogo encerrado en la propia intimidad de su Yo. Alboree. Regálenos muchas albas. No reniegue de la *eudaimonía*, que es fortuna que subsiste a la individualidad, y luz en un mundo de escasez y ruina. Permítame que un contrito fraile agustino del XVII, que halló en la poesía el vuelo en otros cielos negado, se alíe con nosotros para situarnos en la morada de la felicidad:

Por la razón que dije, era más noble la Poesía que la Filosofía, y superior a todas las Artes y Ciencias; es por su artificio maravilloso de la compostura del verso y la imitación, y en las lenguas vulgares las consonantes; lo cual todo, como trasladándonos, así nos conduce a la felicidad, que es el deseado fin, en quien todas las Ciencias y Artes tienen el norte³⁷.

Inicié mis palabras confesándoles las distancias que me impedían abordar con hondura este discurso de contestación. Terminaré asiéndome a la cercanía, la que da sentido, cada uno a su modo, a nuestro caminar. Somos amigos y compañeros en la Academia, y nos liga poderosamente el bien de primera necesidad que para nosotros es el agua y el oxígeno de la literatura. No sabríamos vivir sin ella. Los dos conocemos el momento exacto en el rincón de nuestra biografía en el que se produjo el encuentro con el misterio, y lo computamos como día de fiesta mayor. Descubrimos la capacidad de contenerse en palabras, o de leer a otros en palabras contenidos. Supimos que los signos se metamorfoseaban en alma y en cuerpo atemporales. Entendimos luego que ese milagro se renovaba siempre, cada vez que nuestros ojos reclamasen el espacio para su felicidad, o nuestros dedos anhelasen prolongar el alma en palabras. Temblamos ante el misterio de la extrema generosidad. Fue el mismo estremecimiento que, cinco milenios atrás, recorrió el espíritu y la carne de aquel sabio sumerio, de aquel *apkallu*, dotado del aguijón de la poesía, padre y héroe, “que grabó en una estela de piedra todos sus esfuerzos” y que quiso recordarnos el descubrimiento más importante de la humanidad: que los signos mercantiles, que solo representaban cantidades y objetos, se hicieron espíritu de palabras. La sensibilidad semítica de un poeta asirio, siglos después (XIII–VII a.C), llamó al conocimiento de este padre, poeta y héroe *nagdu*³⁸. Siempre he soñado que esa sabiduría, que se refugia en una palabra de rica polisemia, *nagdu* (el manantial, el mar, la fuente originaria, la totalidad) no podía sino significar literatura.

Fervientemente deseo hallarlo siempre, Sr. Bernal, en ese mar, en esa fuente originaria, en ese manantial, en ese infinito, es decir, encontrarme con usted *caminado sobre su propio verso*³⁹.

He dicho.

NOTAS

- ¹ Colinas, Antonio. *El sentido primero de la palabra poética*. Madrid, Ediciones Siruela, 2008, pág.21.
- ² Juan de la Cruz, San. *El Cántico Espiritual*. Madrid, España Calpe S.A., 1936, págs.4-5.
- ³ Bernal Salgado, José Luis. *Tratado de ignorancia*. Mérida, De la luna libros, 2015.
- ⁴ *Antología (Jóvenes poetas extremeños en el "Aula")*. Cáceres, Institución Cultural "El Brocense"-Diputación Provincial de Badajoz, 1983, pág.175.
- ⁵ Valverde, Álvaro, "La poesía de Bernal" en mayora.blogspot.com (19.3.2015).
- ⁶ Bernal, José Luis. *Primavera invertida*. Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1984, pág.35. Obra galardonada con el I Premio Constitución de Poesía, convocado por la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Extremadura, 1984.
- ⁷ Ídem.
- ⁸ Bernal, José Luis. *El alba de las rosas*. Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1990, pág.13. La obra obtuvo el Premio Cáceres Patrimonio de la Humanidad 1989.
- ⁹ Bousoño, Carlos. "Salvación en la palabra" en *Oda en la ceniza*. Madrid, Editorial Ciencia Nueva, 1967, pág.9
- ¹⁰ Platón. *Fedro*, (277a). Madrid, Editorial Dykinson, 2009, pág.253. Edición y traducción de Luis Gil Fernández, y Lledó, Emilio. *Imágenes y palabras*. Madrid, Taurus, 1998, pág.261.
- ¹¹ Manejo la edición de Ugo Dotti: Leopardi, Giacomo, *Canti*. Milano, Feltrinelli Editore, 1993, XXXIV, págs.446-462.
- ¹² Lledó, Emilio, op. cit., pág.148.
- ¹³ Estrabón. *Geografía. Libros XI-XIV*. Madrid, Editorial Gredos, 2003, Lib. XIV (2,19), pág.530. Edición y traducción de María Paz de Hoz García-Bellido. Cfr. con Pfeiffer, Rudolf. *Historia de la Filología Clásica (I). Desde los comienzos hasta la época helenística*. Madrid, Gredos, 1968, págs.166-192.
- ¹⁴ Andrés, Gregorio de. *El maestro Baltasar de Céspedes, humanista salmantino y su Discurso de las letras humanas. Estudio biográfico y edición crítica*. El Escorial, Monasterio de El Escorial, 1965 ("Ningún poeta bueno sin ser gran humanista", expresaba Céspedes). *Obras del Excelente Poeta Garci Lasso de la Vega. Con Anotaciones y enmiendas del Licenciado Francisco Sánchez, Cathedrático de Rhetórica en Salamanca*. Nápoles, Juan Batista Sotil, 1604, prólogo al lector, pág.7. Véase también Prieto, Antonio. *La poesía española del siglo XVI. II. Aquel valor que respetó el olvido*. Madrid, Cátedra, 1987, pág.303 y "Los poetas profesores. El Brocense", págs.347-361.
- ¹⁵ Jiménez, Juan Ramón, "Crítica paralela", *Orígenes*, nº34, págs.3-4; "Juan Ramón habla de su poesía...", *Índice* 8.62 (1953), pág.20. Cfr. Martín Ezpeleta, Antonio. *Las historias literarias de la Generación del 27*. Madrid, Arco Libros, 2008, pág.82, o Naharro Calderón, José María. *Entre el exilio y el interior: el "Entresiglo" y Juan Ramón Jiménez*. Barcelona, Anthopos, 1994, págs.76-77. Respecto al discurso de Jorge Guillén se halla recogido en la edición de Francisco Díaz de Castro: Guillén, Jorge. *Obra en prosa*. Barcelona, Editorial Tusquets, 1999.
- ¹⁶ Bernal Salgado, José Luis, *Tratado de ignorancia*, op. cit., pág.19.
- ¹⁷ Fray Luis de León. "De los nombres de Cristo" en *Obras del Maestro Fray Luis de León*. Madrid, Rivadeneyra, 1855, Lib.III, pág.163. Véase Senabre, Ricardo, "Poesía y filología en fray Luis de León" en *Estudios sobre fray Luis de León*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 1998, págs.135-147.

¹⁸ Leopardi, Giacomo. *Lettere*. Milano, Mondadori Editore, 1993, págs. 22-23. Edición a cargo de Giorgio Ficara. Carta de Leopardi a Pietro Giordani (Recanati, 30 de abril de 1817).

¹⁹ Bernal, José Luis, “En la entraña de agosto...”, *Revista Gálbo*, n°2, 1984, pág.20.

²⁰ Cita de Paul Valéry en “I. Fuego de abril”, *Primavera invertida*, op. cit.

²¹ Respecto a los cargos de responsabilidad en la Universidad de Extremadura, don José Luis Bernal, actual decano de la Facultad de Filosofía y Letras (lo es desde el año 2012), ha sido secretario del departamento de Filología Hispánica (1989-1990), vicedecano de ordenación académica de la Facultad de Filosofía y Letras (1990-1995) y secretario general de la UEx (1995-1999).

²² Ejemplos de esta dedicación a Extremadura son las ediciones y estudios siguientes: *Dos casos de marginación: Antonio Rodríguez Moñino y Francisco Valdés*. Mérida, Editora Regional de Extremadura, Cuadernos Populares, n°34, 1990; Edición, introducción y notas de *Letras. Notas de un lector*, de Francisco Valdés. Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1993; Edición, introducción y notas de *Ocho estampas extremeñas con su marco* de Francisco Valdés. Badajoz, Diputación Provincial, 1998; “Palabras para uno” en la edición de *La quinta soledad* de Pedro de Lorenzo (en colaboración con José Miguel Santiago Castelo), Badajoz, UBEX y RAEX, 1999; Edición de *Viajes por Extremadura* de Miguel de Unamuno. Cáceres, Diputación Provincial, 2004; Edición del libro escrito por varios autores *Pureza Canelo. Esfera Poesía*. Badajoz, Unión de Bibliófilos Extremeños-Caja Rural de Almendralejo, 2009; Edición junto a Miguel Ángel Lama del libro *José de Espronceda en su centenario (1808-2008)*. Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2009; Edición del libro escrito por varios autores *Santiago Castelo. Poesía para un existir*. Badajoz, Unión de Bibliófilos Extremeños-Cajalmdralejo, 2010; *Antonio Rodríguez-Moñino, un extremeño universal*. Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2010; Edición del libro *Antonio Rodríguez-Moñino en la cultura española*, en colaboración con Víctor Infantes y Miguel Ángel Lama. Badajoz, Biblioteca de Extremadura, Alborayque Libros, 2013; Edición, introducción y notas, en colaboración con Manuel Simón Viola, de *8 Estampas extremeñas con su marco* de Francisco Valdés. Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2013; “Francisco Valdés, el viaje inacabado de un escritor de vanguardia” en el *Anuario de Estudios Filológicos*, vol.IX, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1987, págs.33-53; “La industria gráfica en Extremadura” en las *Jornadas sobre el libro en Extremadura*. Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1994, págs.65-71; “La bibliofilia en Extremadura: de Peterpanes y Capitanesgarfios” en las *Actas de las Primeras Jornadas Bibliográficas Bartolomé José Gallardo*. Badajoz, Centro de Estudios Gallardianos-Instituto de E.S. Bartolomé José Gallardo, 1995, págs.85-88; “Rodríguez Moñino” (folleto), colección del Diario HOY (Badajoz), n°30 de “Personajes extremeños”, 1996; “Literatura y democracia en la Extremadura de fin de siglo: 1975-2000”, en las *Actas del VIII Congreso de Escritores Extremeños*, Badajoz, Asociación de Escritores de Extremadura, 2001, págs.61-68; “Extremadura en la Modernidad: de la posguerra al siglo XXI” en *Extremadura en sus páginas. Del papel a la web*. Mérida, Consejería de Cultura-Junta de Extremadura, 2005, págs.235-243; “Gabriel y Galán en la poesía de su época” en *Gabriel y Galán. Época y obra*. Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2006, págs.63-84; “Un grito en el tiempo” en *Treinta minutos de libertad* de José Antonio Zambrano. Madrid, Calambur, 2006, págs.9-16; “Barrantes Moreno, Vicente (1829-1898)” en *Doscientos críticos literarios en la España del siglo XIX. Diccionario biobibliográfico*. Madrid-Darmstadt, CSIC, 2007, págs.123-127; “La Universidad de las letras” en *Alborayque. Revista de la Biblioteca de Extremadura*, n°2, octubre 2008, págs.241-253; “Huellas extremeñas de Rubén Darío” en *Tres centenarios: Teatro Carolina Coronado, Cervantes y Rubén Darío*. Almendralejo, Asociación Histórica de Almendralejo, 2016, págs.31-44. Citemos también las reseñas o trabajos de menor extensión: “Alonso Guerrero Pérez, una obsesión por la palabra” en *Alcántara*, n°4, IIIª época, Cáceres, Institución Cultural El Brocense, 1985,

págs.75-78; “Antonio Rodríguez Moñino” en *El urogallo-Extremadura* (suplemento de *El urogallo*), nº 73, 1992, págs.14-16; “Vacaciones en blanco de Ada Salas” en *Oeste Gallardo. Revista mensual de las letras*, nº1, jueves 29 de septiembre de 1994, pág.2; “La voz del verso (*Poesía 1980-2000*) de José Antonio Zambrano” en *Cuadernos del matemático. Revista ilustrada de creación*, nº27, diciembre de 2001, págs. 109-110; “Alonso Guerrero. *El edén de los autómatas*” en *Alcántara*, nº64, enero-junio de 2006, págs.149-152, o “Aproximación a la poesía de Emilia Oliva” en *Alcántara*, nº65, julio-diciembre de 2006, págs. 149-154.

²³Destaquemos las ediciones de algunas obras de Manuel Atolaguirre (*Ejemplo, Otros poemas y Soledades juntas*. Sevilla, Renacimiento, 2008) y las antologías colectivas de poetas del 27 o de autores concretos, como Cernuda (*Antología poética del 27*. Zaragoza, Editorial Edelvives, 1991 y 2ª ed. en 1996; *Antología poética* de Luis Cernuda. Madrid, Rialp, 2002. Colección Adonais nº561-562), a quien ha dedicado varios artículos (“Cernuda por *Las nubes*”, *Laurel. Revista de filología*, nº6, 2002, págs.87-97; “Cernuda en Vanguardia” en *Aire del Sur buscado. Estudios sobre Luis Cernuda y Rafael Alberti*. Murcia, Fundación Caja Murcia, 2003, págs.93-117). Cuantiosos son los libros y artículos sobre las Vanguardias y su influencia en distintos poetas españoles de la Edad de Plata (*El ultraísmo ¿Historia de un fracaso?* Cáceres, UEX, 1987; “La revista *Ultra* de Oviedo en el mar revuelto del ‘Ultra’” en *Anuario de Estudios Filológicos*, vol. X, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1987, págs.25-45; “José de Cirla y Escalante: el delicado Giocondo de la vanguardia” introducción a la edición facsimilar de *José de Cirla y Escalante*. Cáceres, Ediciones Norba, 1991; “Spazio, immagine e forma nell'estetica creacionista: pintura y poesía” en *Testo letterario e immaginario architettonico*. Milano, Jaca Book, 1996, págs.55-64; “Los frutos poéticos de la vanguardia histórica (1918-1925)” en *Voces de vanguardia*. La Coruña, Universidade da Coruña, 1995, págs.97-121; “Aleixandre y la experiencia de la vanguardia” en *Tres poetas, tres amigos. Estudios sobre Vicente Aleixandre, Federico García Lorca y Dámaso Alonso*. Murcia, Caja Murcia, 1998, págs. 33-48; “Poesía creacionista” en *La Vanguardia en España. Arte y Literatura*. Toulouse, C.R.I.C & OPHRYS, 1998, págs.161-180; “Lorca y la nueva poesía” en *De la Vanguardia al compromiso. Tres poetas en su centenario: Lorca, Aleixandre y Dámaso Alonso*. Cádiz, Universidad de Cádiz, 1999, págs.77-91; “El creacionismo como tradición” en *Ínsula*, nº642, junio de 2000, págs.3-5; “Reflejos vanguardistas: *Especios* de Juan Chabás”, en *Ínsula*, nº 657. Madrid, septiembre de 2001; “La revista *Ultra* de Oviedo” en *Monteagudo*, nº7, 3ª época, 2002, págs. 57-68; “El 27 en Vanguardia: José de Cirla y Escalante” en *Cuadernos del Lazarillo*, nº 25, julio-diciembre de 2003, págs.62-67 o “Verte y no verte. A Ignacio Sánchez Mejías” en *Rafael Alberti. Libro a libro. (El poeta en su centenario)*. Cádiz, Universidad de Cádiz, 2003, págs.141-165; “Granada y Newburg: Surrealismo y Tradición en García Lorca” en *La copa de los sueños. Poetas surrealistas andaluces*. Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2005, págs.25-58; “Manuel Atolaguirre, impresor y editor de poesía” en *Manuel Atolaguirre, el poeta impresor*. Córdoba, Diputación de Córdoba, 2007, págs.81-100; “El poeta oficinante del tiempo” en *Luis Álvarez Piñer (1910-1999)*. Gijón, Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular, Ayuntamiento de Gijón, 2010, págs.53-62; “Las vanguardias regionalistas: una aproximación” en *Vanguardias literarias en Córdoba. 1914-1936*. Córdoba, Diputación Provincial de Córdoba y Universidad de Córdoba, 2010, págs.175-186. Otras aportaciones reseñables son la edición de *Poesía lírica y Progreso tecnológico (1868-1939)* en colaboración con Sabine Schmitz. Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2003; “Espíritus contemporáneos” en *Ínsula*, nº612, diciembre de 1997; “Borges y la poética de la modernidad” en *Con Ñ. Revista de Cultura hispanoamericana*, nº7, Cáceres, CEXECI, 1999, págs.58-64; “Heterodoxia y canon en la literatura española: algunos ejemplos” en VV.AA. *Homenaje a la Profesora Carmen Pérez Romero*. Cáceres, Universidad de Extremadura, 2000, págs.97-110; “El hombre que sueña” en el *Homenaje a Mario Vargas Llosa*. Badajoz, UBEX-Caja Rural de Almendralejo, 2005, págs.23-29; “Clara Janés” (selección, introducción y bibliografía) en

Clara Janés. Cáceres, Asociación de Escritores Extremeños (Aula José María Valverde), 2006; “La poesía de Ángel Saavedra, Duque de Rivas. Los Romances históricos” en *Estrategias didácticas para el análisis de textos poéticos en la enseñanza secundaria*. Anexo I, *Hispanogalia*, París, Secretaría de Educación de la Embajada de España en Francia, 2006, págs.99-124”; “La idea de España en la literatura finisecular” en *Imago Americae*, nº23, año 2, primer semestre de 2007, págs.175-193; “El Grito de Fernando Quiñones”, *En buena compañía. Estudios en honor de Luciano García Lorenzo*. Madrid, CSIC, 2009, págs.1027-1037; “Retórica y ausencia en la poesía última de Miguel Hernández” en *Un cósmico temblor de escalofríos. Estudios sobre Miguel Hernández*. Murcia, Caja Murcia, 2010, págs.59-78; “La novela de la memoria. Guerra civil, posguerra y memoria en la novela española contemporánea” en *La larga memoria de la dictadura en Iberoamérica. Argentina, Chile y España*. Buenos Aires, Prometeo Libros, 2010, págs.57-74. El interés del autor por la poesía contemporánea es patente desde sus primeros estudios críticos, publicados en la Revista *Residencia* de Cáceres, en 1982 y 1983: “Reelaboración de un texto en prosa de Fernando Quiñones: *El grito*” (nº6, año II, época II, págs.57-65) y “Luis Antonio de Villena, entre el arte y la vida” (nº9, año III, época III, págs.52-72).

²⁴ El magnífico estudio *Manual de espumas. La plenitud creacionista de Gerardo Diego* fue publicado en 2007 por la Editorial Pre-Textos en colaboración con la Fundación Gerardo Diego. Va acompañado de la edición facsimilar de *Manual de espumas* (Madrid, 1924), a partir del ejemplar de la biblioteca personal de Gerardo Diego. El jurado que otorgó el premio estaba formado por don Ricardo Senabre Sempere, doña María del Pilar Palomo Vázquez, don Cristóbal Cuevas García, don Antonio Sánchez Trigueros y don Francisco Javier Díez de Revenga Torres. Añadimos las referencias bibliográficas de algunas de las ediciones y estudios que sobre Gerardo Diego ha publicado don José Luis Bernal Salgado: *La biografía ultraísta de Gerardo Diego*. Cáceres, Universidad de Extremadura, 1987; *Estudio bibliográfico de la obra de Gerardo Diego*. Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1988 (obra que contó con una segunda edición ampliada y corregida); *Antología poética* de Gerardo Diego. Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1996, págs.227-369; edición, introducción y notas de *Imagen*. Málaga, Centro Cultural de la Generación del 27, 1990; edición, introducción y notas: *Correspondencia (1920-1983)*. Pedro Salinas, Gerardo Diego y Jorge Guillén. Valencia, Pre-Textos, 1996; edición, introducción y notas de *Soria sucedida*. Soria, Ayuntamiento de Soria, 1996; edición e introducción de *Manual de espumas y Alondra de verdad* (en colaboración con Francisco Javier Díez de Revenga). Madrid, Club Internacional del Libro, 1998; edición, introducción y notas: *Prosa literaria* de Gerardo Diego en *Obras completas (Prosa)*. Madrid, Alfaguara, 2000, Tomos VI, VII y VIII; edición de *Memoria y literatura. Estudios sobre la prosa de Gerardo Diego*. Cáceres, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, 2003; edición facsimilar de *Poemas* (prólogo de Manuel Atolaguirre). Madrid, Fundación Gerardo Diego-Centro Cultural de la Generación del 27, -Ollero & Ramos, 2005; edición, introducción y selección de *Versos diversos*. *Antología* de Gerardo Diego. Málaga, Editorial Veramar, 2007; *Manual de espumas. La plenitud creacionista de Gerardo Diego*. Valencia, Pre-Textos-Fundación Gerardo Diego, 2007 (VII Premio Internacional de Investigación Literaria Gerardo Diego); edición, prólogo y selección de *100 poemas* de Gerardo Diego. Madrid, Ediciones de la Torre, 2011; *Gerardo Diego. Juan Larrea. Epistolario (1916-1980)*. Edición en colaboración con Juan Manuel Díaz de Guereñu. Madrid, Fundación Gerardo Diego-Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2017. Artículos, capítulos de libros: “La biografía incompleta de Gerardo Diego” en *Alfinge*, nº5, Córdoba, Universidad de Córdoba, diciembre de 1988, págs.71-87; “Gerardo Diego: más de sesenta años de poesía” en *Palabras del 27*, nº3, Revista del Centro Cultural de la Generación del 27, 1989, págs.64-67; “Antonio Machado y Gerardo Diego: ¿Algo más que un paralelo soriano?” en el vol. II de las *Actas del Congreso Internacional Conmemorativo del Cincuentenario de la muerte de Antonio Machado*. Sevilla, Ediciones Alfar, 1990, págs.271-283; “La ejemplaridad vanguardista de Gerardo Diego” en *Treinta años de vanguardia española*. Sevilla, El

Carro de la Nieve, 1992, págs.121-135; “Creacionismo y neogongorismo en la poesía adrede de Gerardo Diego” en *Gerardo Diego y la vanguardia hispánica*. Cáceres, UEx-Servicio de Publicaciones, 1993, págs.43-65; “Cosmovisión poética de Gerardo Diego: Tra fantasía e sport” en *Ludus (Gioco, sport, cinema nell'avanguardia spagnola)* a cura di Gabriele Moreli. Milán, Jaca Book, 1994, págs.121-133; “Destenidas esquelas. Charlas líricas. Algunas cartas de Gerardo Diego a Juan Larrea” en *Ínsula*, nº586, octubre de 1995, págs.13-16; “Gerardo Diego en su centenario” en *A distancia (Cuadernos de Cultura)*. Madrid, UNED, 1996, págs. II-VI; “Gerardo Diego y las vanguardias (1918-1931)” en *Gerardo Diego y la poesía española del siglo XX*. Madrid, Biblioteca Nacional, 1996, págs.21-36; “Gerardo Diego: heterocronismo y visión del mundo” en *Ínsula*, nº 597-598, septiembre-octubre 1996, págs.6-8; “El poeta y su mar: Versos cántabros” en *Gerardo Diego. Poeta mayor de Cantabria*. Santander, Biblioteca Menéndez Pelayo, 1996, págs.1-12; “El elemento lúdico en Gerardo Diego: entre la trascendencia y lo deportivo” en *Cátedra Nova*, nº4, diciembre de 1996, págs.149-161; “Teoría poética y visión del mundo”, *En círculos de lumbre. Estudios sobre Gerardo Diego*. Murcia, 1997, págs.49-64; Selección, introducción y comentarios de *Poemas* de Gerardo Diego en la *Antología comentada de la Generación del 27 y poetas del 27...* Madrid, Espasa Calpe (Austral), 1998; “Gerardo Diego: Anhelante arquitecto creacionista” en *Diálogo de la Lengua. Revista de estudio y creación literaria*, nº coordinado por J.L. Bernal, 3, verano 1998, Cuenca, Ed. Olcades, págs. 41-56; “La del alba sería... la poesía (Miguel de Cervantes y Gerardo Diego)”, Alcalá de Henares, Excmo. Ayuntamiento, 1999, págs.23-42 (Folleto); “Vidas y revistas paralelas: Federico García Lorca y Gerardo Diego” en *Federico García Lorca e il suo tempo*, ed. de Laura Dolfi. Roma, Bulzoni Editore, 1999, págs.103-122; “La prosa literaria de Gerardo Diego” en *Ínsula*, nº 649-650, enero-febrero 2001, págs.17-22; “Gerardo Diego y Juan Larrea: las cartas como autobiografía poética” en *Nel segno di Picasso. Linguaggio della modernità: dal mito di Guernica agli epistolari dell'Avanguardia spagnola*. Milán, Viennepierre edizioni, 2005, págs.85-98; “Gerardo Diego y las vanguardias: la polimúsia de un poeta: entre la tradición y la vanguardia” en *Gerardo Diego y las vanguardias europeas*. Santander, Fundación Gerardo Diego (Cuaderno adrede, 2), 2006, págs.13-33; “Gerardo Diego. Tres poemas autógrafos de *Manual de Espumas*” en *Gerardo Diego y las vanguardias europeas*. Santander, Fundación Gerardo Diego (Cuaderno adrede, 2.1), 2006; “El limbo ultraísta de Gerardo Diego” en *Del Siglo de Oro y de la Edad de Plata. Estudios sobre literatura española dedicados a Juan Manuel Rozas*. Cáceres, Universidad de Extremadura (Colección Magistri, 2), 2008, págs.197-211; “Gerardo Diego” en *Diez biografías del 27*. Madrid, Ollao y Ramos-Fundación Gerardo Diego, 2009, págs.171-200; “La ‘Resistencia radiofónica’ del *Panorama Poético Español* de Gerardo Diego” en *El Panorama Poético Español de Gerardo Diego. Radio y literatura en la segunda mitad del siglo XX*. Santander, Fundación Gerardo Diego, 2009, págs.79-101; “La autobiografía incompleta de Gerardo Diego” en *Zurgai*, junio de 2010, págs.64-66; “Gerardo Diego, embajador de la nueva poesía” en *El 27 en América*. Córdoba, Diputación de Córdoba, 2010, págs. 189-217; “La militancia poética de Gerardo Diego en la posguerra”. *Turía. Revista Cultural*, nº101-102, marzo-mayo, 2012, págs.181-193; “Diego y Larrea: Cartas de 1917” en *Epistolarios del siglo XX*, nº monográfico de *Cuadernos AISPI*, 3/2014, págs.145-168.

²⁵ *Gerardo Diego. Juan Larrea. Epistolario (1916-1980)*. Madrid, Fundación Gerardo Diego-Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2017. Don José Luis Bernal editó también la correspondencia entre Pedro Salinas, Gerardo Diego y Jorge Guillén: *Correspondencia (1920-1983)*. Pedro Salinas, Gerardo Diego y Jorge Guillén. Madrid, Pre-Textos, 1996. Recuérdense asimismo los artículos “La forma epistolar y sus funciones en *La estafeta romántica de Galdós*” en el *Annuario de Estudios Filológicos*, VIII, 1985, págs.19-30; “Alfonso Reyes y Juan Guerrero Ruiz: diplomacia y amistad epistolar” en el *Boletín de la Fundación Federico García Lorca*, nº 13-14, mayo de 1993, págs.71-90; “Nota introductoria a Cartas de Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre” en *Diálogo de la lengua. Revista de estudio y creación literaria* (número monográfico dedicado a Gerardo Diego, coordinado por J.L. Bernal), nº3, 1998,

págs. 41-56; “La voz escrita: epistolarios y Literatura en el veintisiete” en *Epistolarios del 27: estado de la cuestión*. Viareggio (Lucca), Mauro Barone Editore, 2001, págs.117-130; “Gerardo Diego y Juan Larrea: las cartas como autobiografía poética” (cit. supra nota 24); “*Et in Arcadia, ego*. Seis cartas (cas) inéditas de Dámaso Alonso a José María de Cossío en *Vivir es volver. Studi in onore di Gabrielle Morelli*. Bergamo, Bergamo University Press, 2009, págs.41-52.

²⁶ Poliziano, Angelo. *Stanze*. Milano, Rizzoli, 1988, Lib.I, 2. Edición a cargo de Saverio Orlando: “O bello idio ch’al cor per gli occhi ispiri/ [...] nudrisci l’alme d’un dolce veleno/ gentil fai divenir ciò che tu miri”.

²⁷ Juan Manuel Rozas (1936-1986): *De la consolación y de sus dioses* (1984), *Cancionero doble* (1985) y los póstumos *Ostinato* (1986), *Discurso manual* (1990) y *La partida* (1994). La obra poética completa fue publicada en la Editora Regional de Extremadura el año 2006: *Poesía completa*, a cargo de José Luis Rozas Bravo.

²⁸ ABCD *las artes y las letras*, sábado, 29 de septiembre de 2006.

²⁹ Cfr. Bernal Salgado, José Luis, “Juan Manuel Rozas y su sabio *Ostinato* poético”, en la *Revista de Estudios Extremeños*, Tomo XLII, núm. II, 1986, pág.466. Este mismo año la revista *Gálibo* (nº4-5) dedicó un homenaje al poeta y profesor recién fallecido. En esas páginas se publicaron fragmentos de la obra inédita disCURSO mANUAL. El 8 de diciembre de 1985 en las “Hojas de cultura” del Diario Regional *Extremadura* publicó también Bernal un análisis del libro *Cancionero doble*: “El *Cancionero doble* como reafirmación poética”, pág. 13.

³⁰ Ídem., págs. 465-470.

³¹ Bernal Salgado, José Luis. “Nota a la edición de un *Enigma*” en Diego, Gerardo. *Pasión y muerte de un arquitecto. Un enigma bibliofílico. (Homenaje a la memoria de don Antonio Rodríguez-Moñino)*. Santander, Fundación Gerardo Diego (“Pliegos *La sorpresa*”), 2010, pág.2.

³² “La poesía de Antonio Rodríguez-Moñino” en la *Revista de Estudios Extremeños*, Tomo XLII, núm. I, 1986, págs. 77-96; cfr. pág.78.

³³ Ídem., pág. 79. Recordemos que Bernal Salgado fue tempranísimo editor de la poesía de Rodríguez-Moñino. En 1985, el nº 3 de la Revista *Gálibo*, se publicó *Pasión y muerte de un arquitecto*, sirviéndose del ejemplar que del rarísimo libro poseía Juan Manuel Rozas. En 1996, como homenaje a Gerardo Diego en el centenario de su nacimiento, se reeditó el texto de *Pasión y muerte del arquitecto*, con la nota introductoria de José Luis Bernal, que acompañaban el ensayo de Gerardo Diego sobre la obra de Moñino: “*Pasión y muerte de un arquitecto*. Un enigma bibliofílico” escrita en 1971. Con posterioridad, en 2010, la Fundación Gerardo Diego, en los “Pliegos *La Sorpresa*”, reprodujo una vez más el texto de Moñino, desde el ejemplar de la biblioteca personal de Diego, en el que se incluye un magnífico y sintético estudio de Bernal (cfr. nota 31).

³⁴ Bernal, José Luis, “Cossío, poeta” en *José María de Cossío y la poesía de su tiempo*. Santander, Sociedad Menéndez Pelayo-Consejería de Cultura, Turismo y Deporte del Gobierno de Cantabria-Fundación Gerardo Diego, 2003, págs.123-146.

³⁵ Ídem.

³⁶ Archivo de la Casona de Tudanca, *Arriba, s.f. Cfr. Crespo López, Mario. José María de Cossío. Estudio crítico. Biblioteca virtual Ignacio de Larramendi, 2013, pág. 43.*

³⁷ Vera y Mendoza, Fernando de. *Panegyrico por la Poesía*. Cieza, El ayre de la almena-Artes gráficas Soler, 1968, pág.28. Edición facsimilar de la de Montilla, 1627.

³⁸ *Poema de Gilgamesh*. Madrid, Tecnos, 1988, págs.3-4. Tablilla I, columna I. Texto asirio. Edición, traducción y notas de Federico Lara Peinado.

³⁹ *Diego, Gerardo, "Alegoría" en Manual de espumas*. Madrid, Pre-textos, 2007, pág. 58. Ed. facsimilar de la de Madrid, 1924: "Vedme aquí caminando sobre mi propio verso".

Este discurso de ingreso
en la Real Academia de Extremadura
de las Letras y las Artes,
titulado *Literatura para vivir*,
y la contestación al mismo
se terminaron de imprimir,
en Gráficas Hache de Cáceres.
el 28 de febrero de 2018

